

Homenaje

de la

Asociación Española de Amigas de los Castillos

en la fecha conmemorativa del

IV Centenario de la muerte del Emperador Carlos I de España

y V de Alemania

Madrid, 21 de septiembre de 1958



HOMENAJE

DE LA

ASOCIACION ESPAÑOLA
DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS
EN LA FECHA CONMEMORATIVA
DEL IV CENTENARIO DE LA MUERTE
DEL EMPERADOR CARLOS I DE ESPAÑA

Y

V DE ALEMANIA

MADRID, 21 SEPTIEMBRE 1958



SUMARIO

	<u>Págs.</u>
Portada: El monasterio de Yuste. Grabado de Laborde.	
En el IV Centenario de la muerte de Carlos I de España y V de Alemania, por la Junta Directiva	5
Postrer viaje del César desde Gante al monasterio de Yuste, por Antonio Prast	7
En Yuste para morir, por Celestino M. López Castro.....	30
El monasterio de Yuste ante la celebración del IV Centenario de la muerte del Rey-Emperador Carlos V.....	35
Yuste. Coloquio histórico, por Gervasio Velo y Nieto, académico	36
El lego de Villacastín que construyó los aposentos imperiales de Yusre, por José Rico de Estasen ..	42
El reinado del Emperador Carlos V y la fortificación, por Federico Bordejé.	56
Las tribulaciones del Emperador, por Jesús Casado	65
Jeromín, por Antón Rodríguez de Llano ..	68



CAROLVS I IMPERATOR V.

E. n. ad. CAROLE Philippi, ac Ioannae fil. felicissime Ferdinando Gachet heres, ac emulato. Nemo multis ante seculis tanto potius fuit Imperator, nec tanta uirtute gubernauit. Vix Hispaniam e Belgio adueniens cum Germania. Quotum tui nominis te solutat Augustum d. 28. Iun. an. 1519. Te imperante Sobmanus hic apud Viennam magnis occidit auxilium suum recepit. Roge an. 1535. Catholica Religio in Germania detrahe uicte, captoque ad Alchim si prore Wutberg a Federico Saxoniae d. 24. Apr. an. 1547. utque tot rebus praestare geris, tantum imperio maiore te demonstrares Ferdinando fratre Imperatoria dignitate Philippo filio reliqua ditione tanto gloriosius d. 17. Iun. an. 1556. demeritis tanto feliciter administrare poterat. Ob. in Monast. Sarsi apud Placentiam d. 21. Sep. an. 1558. 65. an. 19. Mantua R. Porcaglio ob. d. 17. Dec. an. 1574. Succedit Filius IOANNES III. et PIADOSO.



Escudo heráldico
de Carlos I de España y V de Alemania.

En el IV Centenario de la muerte de Carlos I de España y V de Alemania



A personalidad histórica de la egregia figura de Carlos I de España y V de Alemania dejó una huella impecadera de su paso, y hoy se evoca por los españoles con verdadero y legítimo orgullo.

No se puede medir por méritos para comparar su vida con la de sus abuelos los Reyes Católicos ni con la de su hijo Felipe II, porque las de todos ellos, por su magnitud, desbordan los límites naturales y asombran al mundo, juzgándose cada día con mayor admiración y justicia. Sin embargo, la resolución de

Carlos I al finalizar el crepúsculo de su vida, por su humildad, se hace destacar de los demás, por la ejemplaridad sin par que trasciende de su alma, no olvidándose tampoco la multitud de sus hazañas, de carácter casi universal, dada la extensión territorial en que se desarrollaron, por cuyo motivo nació en aquella época la afirmación de que en los dominios de España no se ponía el sol.

No es nuestro propósito ahora escribir su biografía, sino hacer constar con nuestra colaboración entusiasta el deseo de que la Asociación Española de Amigos de los Castillos se adhiera de todo corazón a fecha tan memorable como la que se recuerda con motivo del IV Centenario de su óbito en el monasterio de Yuste y que ha de celebrarse en estos días de septiembre.

El nombre de tan augusto personaje perdurará vivo en la memoria de todos los hombres cultos, pero sobre todo en la región cacereña, en el triángulo territorial formado por Jarrandilla, Cuacos y Yuste, donde está latente siempre el recuerdo, por la materialidad del escenario, existente aún, en que se realizaron sus hechos, que lo hacen mucho más tangible y evocador.

Carlos I de España fue la más insigne personalidad de su tiempo, corroborándose las frases que escribió el ilustre Académico de la Historia don Juan Pérez de Guzmán en el prólogo de la obra *Estancias y Viajes de Carlos V*, del Marqués de

Foronda: «... de la progenie inmortal del corto número de Príncipes que han condensado en sí el espíritu total de un siglo, señalado, de una época fecunda, de un paso progresivo en el camino sin término de la humana civilización, es Carlos V, en cuya figura se personifica todo el aparato histórico de la gran transformación política, religiosa, social, científica y artística que en su tiempo el mundo culto experimentó».

Estas páginas no van a utilizarse para otros fines que el de los postulados que la Asociación cultiva, contribuyendo así, con nuestras informaciones, a señalar períodos y fechas que constituyen un expresivo estudio fragmentario de su historia.

Los castillos de España tuvieron en la época del Renacimiento destacado carácter episódico continuado de la época medieval, que sirvieron de escenario a hechos singulares que la Historia ha recogido; sin embargo, no hemos de hacer más mención que de los castillos que en el último viaje de su vida fueron espectadores más o menos cercanos al camino que Carlos V siguió desde el puerto de Laredo a Yuste, entre los cuales se destaca el de Jarandilla de la Vera, de Cáceres, que no sólo fue espectador, sino escenario fehaciente de lo que durante cuatro meses ocurrió en él, mientras el Emperador esperaba la terminación de las obras que había mandado realizar en el monasterio de Yuste para su reclusión ejemplar, cuyo castillo-palacio fortificado, entonces propiedad de los Condes de Oropesa, constituye un expresivo documento de su historia.

Es así como la Asociación Española de Amigos de los Castillos se adhiere a la conmemoración del IV Centenario de la muerte de Carlos I de España y V de Alemania.

LA JUNTA DIRECTIVA



Abdicación de Carlos I.

Dibujo de C. Mugica.

Postrer viaje que el César llevó a cabo como epílogo de su accidentada vida y cuyos hitos camineros, referenciados por don Manuel de Foronda en su obra «Estancias y Viajes del Emperador Carlos V» enumerados por fechas sucesivas, han de servir para nuestros comentarios ampliatorios.

Por ANTONIO PRAST



LA Asociación Española de Amigos de los Castillos procura estar siempre atenta para celebrar, por sí o como adhesión a otras corporaciones, la conmemoración de fechas y hechos trascendentales en la Historia que tengan alguna relación con sus fines específicos, es decir, que algunos de los castillos españoles hayan servido de escenario en el desarrollo de su historia; hechos que, naturalmente, sean dignos de tal evocación, ya que, para la Asociación, describir cualquier castillo o fortaleza es rememorar siempre ineludiblemente, si no su historia objetiva comprobada, por lo menos, sus tradiciones y leyendas, por insignificantes que sean, porque todos tienen alguna, y siempre interesantes.

Pues bien, con el año 1555 empieza nuestra información.

En aquellas fechas comenzó el Emperador a presagiar su cercana muerte y aquel presentimiento constituyó para él la necesidad de dejar resueltos los problemas más urgentes de su imperio, y como para ello necesitaba un período de descanso y meditación, conjeturamos que estando en Bruselas en contacto con el Duque de Alba, uno de sus más prestigiosos generales, gran terrateniente en la Vera de Plasencia, le pondría en antecedentes de sus propósitos antes de que el Duque partiera para una de sus campañas en Italia, planeando con él el viaje que vamos a relatar y para cuyos informes se puso en contacto con el P. Juan de Ortega, General de los frailes Jerónimos de España, con quien tuvo copiosa y detallada correspondencia sobre el asunto, siendo oportuno recordar que antes de elegir el monasterio de Yuste para su retiro tuvo designado con aquel objeto el de Frensesval y en éste se hicieron preparativos para hospedarle, cosa que no llegó a realizarse, porque dicese que los médicos le hicieron desistir del proyecto por no considerar el clima de Burgos favorable para la enfermedad que padecía (1).

En el cerebro del Emperador se iban amontonando los problemas que había de resolver sin demora y tomó la resolución de comenzar por su abdicación para resolverlos.

Llamó a su hijo Felipe, que estaba en Londres, a cuya llamada acudió presuroso el Príncipe, llegando a Bruselas el 8 de septiembre de 1555.

¡Extraña determinación la del Emperador! Cuando la perspectiva del horizonte de la política europea era más tenebrosa, decide abandonar su dirección. ¿Tenía miedo de enfrentarse con tales problemas?

No; es que estaba seguro de que él empezaba a declinar físicamente con suma rapidez y que sus energías se desmoronaban, y como conocía muy bien la inteligente psicología de su hijo Felipe, no vaciló en llamarle; era preciso no perder tiempo.

Entre los designios misteriosos e inescrutables de Dios, sin duda alguna ya estaba previsto el desarrollo del fin de la existencia del César, y en ese desarrollo constaba ciertamente el punto donde había de sucumbir su cuerpo y elevarse su alma a los espacios eternos para recibir, según el criterio divino, la recompensa de sus actos en la tierra.

Entonces, en el número de monasterios diseminados por la Península, destacó uno de frailes Jerónimos en el año 1555,

(1) Notas tomadas de *Efemérides Burgalesas*, de don Juan Albarcellos.

cuyo nombre, después de aquella fecha, ha de recordarse impe-
recederamente por propios y extraños.

Ese nombre es el de Yuste, emplazado en Extremadura, en la provincia de Cáceres, al pie de la sierra de Gredos, en su vertiente Sur, lugar que, si bien en invierno es frío, por estar escondido en una de sus estribaciones, es vergel de plantas, flores y árboles frutales en primavera y verano por su templanza ambiental.

Yuste, escenario romántico espléndido, que ahora nos evoca, después de cuatrocientos años, la historia densa y apretada de unas cuantas fechas—muy pocas—, durante las cuales el Emperador guardó silencio, para dedicar sus horas a la meditación, y, sin embargo, aquel silencio emergió y fluyó de entre las piedras doradas del monasterio, hecho historia elocuente que recoge, guarda y comenta el mundo entero hoy, con sagrado respeto por la ejemplaridad de su humilde, pero poderosa resolución.

En aquella corta historia del César que fue su epílogo, no fue escenario de ella solamente el monasterio de Yuste; su nombre va precedido de otros lugares en los que radicaban castillos, que fueron testigos mudos de aquel viaje postrero, y sólo el de Jarandilla fue no sólo testigo de su paso, sino también estancia momentánea, lugar de espera impaciente, como ya veremos, para ingresar después en el monasterio de Yuste, espera de cerca de cuatro meses, que para el Emperador fueron siglos.

El primer acto espectacular realizado entonces para emprender el viaje fue la renuncia en su hijo del Maestrazgo de la Orden del Toisón de Oro, el 25 de octubre, en Bruselas, en el palacio de los Duques de Brabante. La ceremonia fue conmovedora. El Monarca tomó asiento bajo dosel. Habló con voz velada por la emoción, y más que un discurso, su tono pareció el de una confesión pública.

Dijo que nunca había sido ambicioso, que el resultado de sus actos fue siempre originado por la natural defensa, porque sus enemigos le obligaron a luchar y que siempre empuñó las armas con desgana.

Afirmó que reconocía sus propias faltas, debidas, primero, a su juventud; después, a su ignorancia, y muchas veces, a su negligencia; pero que jamás había hecho daño a tercero a sabiendas, es decir, premeditadamente. Añadiendo después: «yo lo lamento todo y pido perdón», y esto lo dijo con expresión sentida, dolorosa y patética.

El 15 de enero de 1555 abdicó Carlos I en su hijo don Felipe todos sus Estados españoles en el viejo y nuevo mundo y el reino de Sicilia, así como los Maestrazgos de las Ordenes.

El 28 de marzo se verificó en Valladolid la solemne procla-

mación de don Felipe como Rey de España por el Infante don Carlos.

Mientras tanto, el Emperador iba gestando su vuelta a España, eligiendo las personas que habían de formar su numeroso séquito.

El 8 de agosto escribía a su hermano don Fernando diciéndole: «Parto hoy para Gante, para embarcarme.»

Estuvo en Gante del 9 al 27, y allí se despidió de su hijo Felipe para no verse más; el 28 salió para Sas, desde donde, por el canal de Nieuwart, se trasladó a Zelanda, deteniéndose hasta el 4 de septiembre. Del 5 al 14 se encontraba en Zutbourg, desde donde decía al rey Fernando: «Estoy pronto para en cuanto haga viento acerme a la vela con las Reinas nuestras hermanas.»

El 15 estaba en Fleninga, a bordo del *Espíritu Santo*, y en el *Halcón* montaban sus hermanas. Escoltaban al César dos escuadras: una flamenca y otra española; en total, 56 veleros.

El 29 de septiembre llegan los egregios viajeros a Laredo, y allí permanecen descansando hasta el 5 de octubre, para comenzar un viaje que denota una voluntad férrea. ¿Qué es lo que le apremia tanto al Emperador para realizar tan rápido viaje?

Vamos a determinar con pasos muy ligeros cuál fue el recorrido del Monarca hasta llegar a Jarandilla desde Laredo, pero antes vamos también a hacer algunas consideraciones que son precisas para reconocer la patética tragedia que se desarrollaba en el espíritu del Emperador.

Carlos I siente que sus fuerzas se agotan rápidamente, tiene el presentimiento doloroso de su fin cercano, como ya hemos dicho, y sin mirar el sacrificio que tiene que hacer de sus escasas energías, está dispuesto a sacar fuerzas de flaqueza. Conoce con minuciosidad de detalles el itinerario que ha de recorrer, él sabe cómo es España, conoce su territorio y sabe mucho de sus caminos—¡los caminos de entonces!—; sin embargo, no se arredra; cuenta de antemano con dos factores importantes: uno, la fe que tiene puesta en Dios, y el otro, su voluntad inquebrantable; y ahora, queridos lectores, pensad un momento, recoged vuestro espíritu y os haréis cargo, al conocer el recorrido, de que aquel viaje tuvo que ser para él un verdadero calvario; no sufrió el peso de una cruz, pero sí las inclemencias del tiempo; unas veces, con frío intensísimo; otras, con calor agobiante, y siempre, continuamente, con incomodidades sin cuento; unos trayectos en litera, otros en silla de manos, con los consiguientes movimientos bruscos ocasionados por el mal estado de los caminos, polvorientos o embarrizados, sobre todo en las últimas etapas, al cruzar la sierra de Gredos, cubierta de nieve, y en cada lugar en que se detuvo para descansar lo hizo con el tiempo justo, por villas y pueblos insignifican-

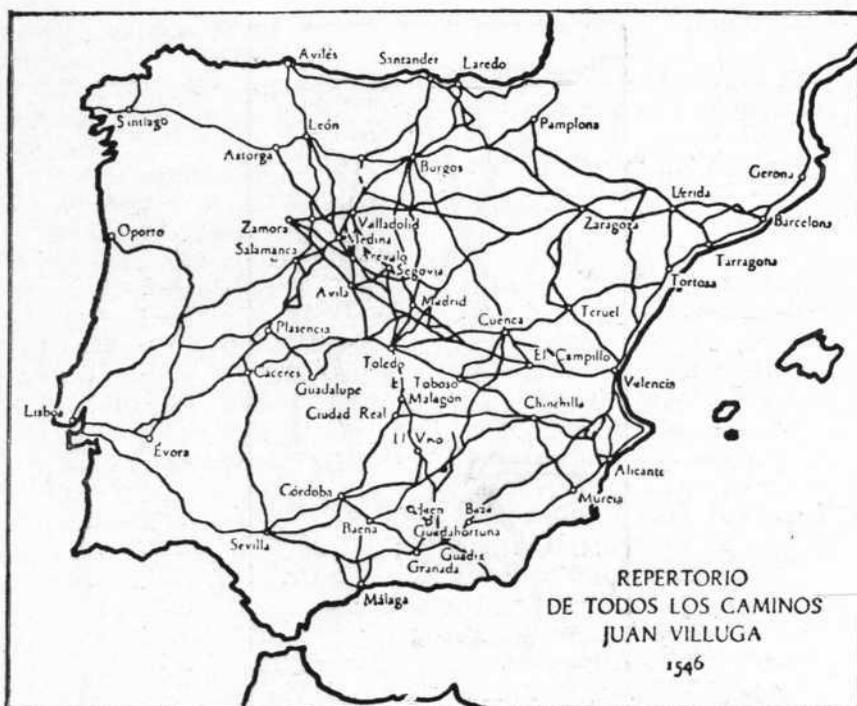


Las tres principales cañadas de la Mesta.

Gráfico de Juan Villuga.

tes, en una marcha contra reloj, como ahora se dice, logrando una marca para llegar a la meta, que hoy, en las mismas condiciones, no podría superar nadie, y pensemos un momento también en sus fieles servidores, que, llenos de fatiga, tuvieron que cuidar con veneración a la egregia persona que transportaban, evitándole en lo posible los sufrimientos físicos que el Emperador padecía de continuo por su enfermedad—la gota—, que no le dejaba vivir tranquilo un solo momento.

Pues bien, desde el 29 de septiembre que llegó a Laredo, puer-



to marítimo de la provincia de Santander, descansó seis días de la travesía por mar.

Al comenzar la referencia del viaje del Emperador desde Laredo, atravesando España hasta el monasterio de Yuste, y emprender el estudio de las características de los caminos que recorrió y a la velocidad que realizó las jornadas, nos ha sido utilísima la obra *Los Caminos en la Historia de España*, escrita por Gonzalo Menéndez Pidal, en la que reproduce el gráfico de Juan Villuga.—*Repertorio de todos los Caminos*.—Año 1546, itinerarios a los que hemos de ajustarnos para nuestras personales consideraciones, ya que los itinerarios modernos entre los puntos de sus paradas modifican sensiblemente los resultados que en el viaje se detallan.

Las consideraciones de Gonzalo Menéndez Pidal sobre dichos itinerarios nos indican que en aquella época se utilizaban de Norte a Sur, atravesando los puertos de la Mesa, Leitariegos y Ventaniella, los caminos llamados de la Mesta, que morían más abajo de Plasencia, que eran tres, algunos bifurcados, ramales que se modificaron después, el año 1522, para el transporte de trenes de artillería que enviaba Carlos V desde Flandes,

y el de Santander a Burgos fue el que se utilizó en el postrer viaje del Emperador a Yuste, al que venimos aludiendo.

Al comparar con cierta extrañeza las velocidades que en el itinerario del viaje del Emperador se llevaron a efecto, teniendo presente los medios de que disponían para el transporte, que eran, como es sabido, literas, en algunos casos llevadas por mulas, y sillas de manos, hacemos uso también de las consideraciones que Menéndez Pidal expone al tratar de las jornadas que se conoce realizaban en el medievo, época en que los caminos eran de tan mala calidad en sus firmes, que se hacían verdaderamente intransitables en toda la malla caminera, que perduraba en el siglo XVI, existente en el corazón de España, por lo que tuvieron que desistir de su tránsito los recién aparecidos coches, mencionando las diversas opiniones que hoy día se manifiestan sobre si en otros tiempos de la Historia el hombre fue capaz de realizar un mayor esfuerzo físico que el que ahora se hace.

En el período medieval—dice—se nos describen jornadas de más de sesenta kilómetros, no ya para contingentes militares, sino para cortejos femeninos, como el que acompañó a doña Jimena, esposa del Cid Campeador, en su viaje a Valencia, y que algunos que no conozcan la verosimilitud con que discurre el *Cantar del Mio Cid* pensarán tal vez que los datos allí consignados no soy muy de fiar, por parecer exagerados.

En el libro que se escribió para guía de peregrinos jacobeos en el siglo XII para el tránsito por España se determinaba que la marcha media de las jornadas era de sesenta o más kilómetros, llamándose cortas las de cuarenta y cinco, llegando a establecer una de ochenta y ocho desde Nájera a Burgos, si bien en este caso se decía como advertencia que había de entenderse era para caballeros, es decir, caminantes montados en caballerías.

Sienta con estos datos el señor Menéndez Pidal como consecuencia probatoria, que en la Edad Media, los peregrinos a Santiago, las gentes más diversas, hombres y mujeres, niños y viejos, podían hacer jornadas medias de cincuenta kilómetros, y no debemos olvidar que de los caminos del medievo se decía con frase ingeniosa que «eran sitios en torno a los cuales circulaban los caminantes».

En el siglo XVI, como ya hemos dicho, fue cuando empezaron a conocerse los coches, unos cuantos coches que trajo a Santander desde Flandes el séquito de la princesa Margarita, en tránsito para casarse con el heredero de los Reyes Católicos, coches que no tuvieron fortuna entre los españoles entonces, pero que Carlos V durante su reinado multiplicó, llegando a

constituir motivo de preocupación para las Cortes españolas, llegando a ser tan abundantes, que en 1616 pudo divertir Lope de Vega a su público haciendo decir a un personaje de su comedia *Sembrar en buena tierra*:

«... que está la Corte de coches
como el mar con varias naves.
Hay coches urcas flamencas,
coches galeras reales,
coches naves de alto bordo,
coches pequeños patajes,
coches ingleses baúles.
coches cofres alemanes.»

Sin embargo, la princesa Margarita, con grandes esfuerzos, pudo en mayo de 1497 transitar por aquellos caminos hasta la Corte, pero que, al quedarse viuda, se llevó consigo tales novedosos artefactos como inútiles, hasta que su sobrino Carlos los hizo volver a aparecer reformados, como algo nuevo, traídos por sus servidores borgoñones, siendo de Amberes desde donde los enviaban a España.

Dice Gonzalo Menéndez Pidal en el prólogo de su obra (1951) que aunque lo que publica—por ahora—no es sino un somero esquema de la historia de los caminos, cree puede ser ya de alguna utilidad.

En efecto, todo el contenido de su obra es de gran utilidad, y aunque dice que es un somero esquema de la historia de los caminos, ya es muy importante el conjunto de sus referencias, y a nosotros nos ha prestado con ellas un caudal de elementos de información para nuestros fines que serán agradecidos por nuestros lectores, ya que la divulgación cultural que realizamos, unas veces investigando por cuenta propia, otras transcribiendo limpiamente y otras inspirándonos en lo escrito por otros, irán formando esa base fundamental que necesita todo aquel que, por simpatía, empieza a adentrarse en un tema desconocido para él, sirviéndole en muchos casos para encontrar nuevos caminos de ampliación propia, y, por lo tanto, de enriquecimiento de la Historia.

En fin, que según han ido aumentando los medios de transporte, parece haber ido disminuyendo la capacidad del viajero.

Los procesos técnicos de la ciencia moderna han hecho perder al hombre su aptitud para caminar grandes distancias, resultando indudable que la resistencia media a la fatiga ha disminuido considerablemente en el caminante.

La longevidad mayor actual no habrá que atribuirle sólo al decrecimiento de las epidemias y mejor tratamiento de las en-



Castillo de Medina de Pomar (Burgos).

Photo Club (Burgos).

fermedades, sino también en buena parte al menor desgaste físico a que se ve expuesto el hombre moderno con respecto a sus antecesores.

Menéndez Pidal, desde el principio de su obra, y por tanto de las edades primitivas, al hacer referencia a distancias, no nos habla más que de kilómetros, sin hacer mención de las medidas antiguas, lo que quiere decir que para facilitar la comprensión del lector él ya hizo el estudio comparativo del tiempo y lugares con arreglo a las distancias de los planos actuales del sistema métrico, al que nosotros nos atenemos.

Pero sigamos el itinerario abandonado por las disquisiciones anteriores.

Ya después de su descanso en Laredo, el Emperador sale en su primera etapa el 5 de octubre para Medina de Pomar, villa de la provincia de Burgos, donde descansa dos días, sin que podamos determinar el lugar en que se hospedó.

EL CASTILLO DE MEDINA DE POMAR

Allí se encuentra hoy todavía, aunque ruinoso, su histórico castillo-palacio. Es uno de los más notables de España de la Edad Media. Su aspecto exterior es de verdadera fortaleza, con dos grandes torres cuadradas que flanquean el cuerpo del monumento, en el que se abre su puerta de arco apuntado.

El interior, muy arruinado ya, poseía extensos salones decorados con yeserías moriscas, las cuales muy recientemente tenemos noticias de que fueron levantadas y transportadas a Zaragoza para la restauración del célebre castillo-palacio de la Aljafería, que hoy se está realizando.

El día 9 parte para Posadas, donde descansa otros dos días, llegando a Ontamín el 12, y el 13 sale para Burgos, adonde llega el mismo día por la noche.

EL CASTILLO DE BURGOS

El embajador de Venecia, Andrés de Navajero, en las memorias que publicó de su viaje, 1524-1526, habla del castillo, que juzga de encumbrada fortaleza en otros tiempos, pero que desde principios del siglo XVI había quedado reducido a un vasto almacén y parque de efectos guerreros, fortaleza que, por el incremento y perfección de la artillería, había perdido en su estructura las características de defensa que había poseído anteriormente.

Entonces el castillo había quedado utilizado, no sólo para almacén, sino también para fabricación de pólvora y útiles de armamentos, siendo el año 1522, muy celebrada y admirada la entonces formidable pieza de artillería que Carlos I llevó consigo desde Alemania, quedando al resguardo del alcalde don Pedro de Velasco con otras de menor importancia allí reunidas y para cuyo servicio se nombró al capitán Terramonda con un numeroso grupo de servidores, artilleros, carreteros y acemileros, que se esparcieron por la ciudad, ya que en el castillo no encontraron alojamiento los sesenta, quedándose sólo veinte, que turbanaban con el resto.

Del aspecto exterior del castillo se sabe muy poco. En la



Vista de la ciudad de Burgos.

Grabado de la obra «Braaum Civitatis Orbis Terrarum».

obra *Civitates Orbis Terrarum*, aparecida hacia el año 1576, emerge tras una cortina amurallada la maciza fábrica de la fortaleza, integrada por cuerpos de edificios perforados por ventanales, encuadrados por elevadas torres cuadradas.

Don Isidro Gil, en su obra *Memorias Artísticas de Burgos y su Provincia*, ofrece una interesante interpretación, tan penetrante como ponderada, resaltando en ella con prestancia militar la corona de almenas y el resalte de matacanes.

Algunos documentos hablan de dos puertas: una, la principal, abierta hacia Santa María la Blanca, y la otra, llamada de «Las Corazas», orientada hacia el Norte.

En el interior de un vasto patio se erguía la torre del homenaje, y con vistas al barrio de San Esteban se abrían los ventanales de la sala de Azulejos.

En el curso del siglo XVI, varios incendios, que en el memorial presentado a Felipe II el año 1592 se alude a ellos, ocasionaron graves destrozos, que empezaron a socavar los cimientos del castillo a causa de las explosiones de la pólvora almacenada, explosiones que pusieron en grave peligro a la ciudad.

Las murallas se reforzaron con noventa y tres torres o cubos.

Desde el siglo XVI, la decadencia del castillo es notoria, durante los siguientes reinados de los Austrias y de los Borbones,

hasta que en el siglo XVIII se verifica ya el ocaso y ruina total del castillo, época en que casi se destinaba exclusivamente a prisión de Estado, quedando desalojado el castillo de todo el material bélico allí existente, reducido ya a un símbolo de viejas y olvidadas arrogancias, y así, en estos trances dolorosos, llega la guerra de la Independencia (1808-1814), en la que el odiado enemigo invadió a Burgos con numerosas fuerzas, fue saqueada la ciudad y después de luctuosos hechos ocasionados por los dominadores, las consecuencias de la victoria de Bailén cambiaron de rumbo las cosas.

Las fuerzas inglesas y españolas, mandadas por Lord Wellington, penetraron en la ciudad evacuada por los franceses, los cuales se hicieron fuertes en el castillo, transformado por obras de fortificación en poderoso baluarte.

Pero no sirvió de nada el denuedo de los franceses, su ocaso era manifiesto y su retirada no se haría esperar, y así llegó el 13 de junio de 1813, fecha memorable que recuerda la marcha del invasor y la voladura por éste del castillo, quedando todo su interior destruido y sembrado de cadáveres, pues las minas estallaron antes de lo dispuesto, y allí quedaron sepultados centenares de soldados franceses.

He aquí en síntesis una historia sucinta del castillo que Teófilo López Mata, cronista de la ciudad, escribió y fue editada por la Sección de Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de Burgos el año 1949, obra la más moderna y completa, cuyo título reza: *La Ciudad y Castillo de Burgos*.

De la estructura tanto interior como exterior del castillo, también se conserva extensa información del escritor Bosarte, en el siglo XVIII, que hace referencia a ruinas de columnas de clásico perfil, rejas de la época de Felipe II, artísticas puertas y portillos de la plaza de armas y multitud de adornos de yeserías moriscas.

Ponz, en su viaje de 1788, añoraba la majestuosa y recia arrogancia del castillo, cuyos restos, como ya hemos dicho, sucumbieron definitivamente durante la guerra de la Independencia, al ser volado por los franceses en su retirada.

El Emperador se detuvo en Burgos tres días solamente, hospedándose en la Casa del Cordón (palacio de los Condestables de Castilla), donde ya se había hospedado otras veces, y de allí partió el día 16 para Celada, continuando por Torquemada, Dueñas y Palenzuela a Cabezón, adonde llegó el día 29, recorrido que, como puede advertirse, realizó en cuatro días.

EL CASTILLO DE CABEZON (VALLADOLID)

Castillo resistente y fuerte antemural, que levantaron los castellanos para sacudirse de la dominación mahometana, guarnecido de ancho foso y almenada barbacana, con altas torres y robustos muros, que hoy, deplorablemente, ya no existen.

De su historia se sabe muy poco; sin embargo, queda latente la tradición de un hecho que don Federico Bordejé recoge en su trabajo sobre historia, tradiciones y leyendas de los castillos españoles. Del de Cabezón dice:

La acción se desarrolla ahora en el año 1359, ante el fuerte castillo de Cabezón, llave de las comunicaciones interiores de Castilla, bajo el cual corre el río Pisuerga, allí cruzado por el bello puente ojival, aun subsistente. El castillo está alzado a favor del Conde de Trastámara, que en Montiel alcanzará el trono, mediante el asesinato de su hermano el rey don Pedro I, por unos llamado *el Cruel* y por otros *el Justiciero*. Don Pedro I sitia también personalmente a este castillo, cuya posesión le va en mucho por su gran valor estratégico. En el castillo existe una pequeña guarnición de escuderos al mando de un Alcaide, que tiene allí a su esposa y su hija, pasivos y tristes personajes del drama que va a desarrollarse. A las intimaciones del Rey responde el Alcaide, alegando sus severos deberes, y el Rey, por medio de un heraldo, le amenaza rigurosamente con sus iras, ordenando unos furiosos asaltos, que lentamente van diezmando la guarnición, hasta dejarla reducida a diez hombres. Estos, cansados ya de combatir, solicitan del Alcaide la entrega de la plaza, no prestándose a continuar defendiéndola y haciéndole una proposición deshonrosa. El problema para el Alcaide es arduo y doloroso, pero como sus deberes le mandan, *so mal caso de traición*, en extremar hasta el cabo el sostenimiento del castillo, entrega a su mujer y a su hija al apetito de sus propios soldados. Mas entre éstos hay dos que no pueden resistir tal espectáculo, y por una poterna salen a comunicar al Rey lo que sucede. Entonces, el Rey manda llamar al Alcaide a lo alto de las almenas y le propone que le entregue inmediatamente tales defensores, a cuenta de los cuales él le proporcionará otros tantos caballeros suyos, a los que obligará a defender el castillo y a cumplir las órdenes del Alcaide. El cambio se realiza, los caballeros del Rey entran en el castillo para combatir contra sus propias huestes, los villanos soldados son ahorcados por el Rey, que dispone sean colgados de las mismas almenas de la fortaleza y concediendo al Alcaide su perdón y una serie de mercedes, como compensación a su trágico heroísmo, levanta el sitio del castillo, aunque la pérdida de éste le cueste la seguridad de las comunicaciones con Burgos, cabeza y capital de su Reino.

Nadie se acuerda ya del castillo de Cabezón, teatro de aquella tragedia, choque entre las bajas y nobles pasiones que aún evocan sus gloriosas ruinas, casi imperceptibles.

En Cabezón, el Emperador esperó a su nieto Carlos y, ya con él, entró en Valladolid el día 21 de octubre, por la noche, descansando catorce días en aquella capital.

El 4 de noviembre, comió en público, según la antigua usanza, y después se despidió de su hija Juana, de su nieto y de sus hermanas, con gran cariño y sentimiento, partiendo a las tres y media, sin permitir a los grandes y prelados ni a ninguna de las personas que querían acompañarle, que pasaran de la Puerta del Campo.

El día 5 de noviembre llegó la comitiva del Emperador a Medina del Campo, alojándose en el palacio del cambista don Rodrigo de Dueñas, donde, como dice el Conde de Gamazo. «la fresca humildad del penitente (Carlos V) rompió en enojos contra el obsequioso vasallo que para calentarse le ofreció un ostentoso brasero de oro rebosante de riquísima canela».

Las investigaciones hechas en los escritos coetáneos para averiguar el porqué no se hospedó en el castillo de la Mota el Emperador nos han hecho ver que el castillo estaba ruinoso en su interior hasta tal punto que, necesitando recluir allí algunos presos políticos, se desistió de ello ante la inseguridad del estado de puertas, rejas y ventanas.

EL CASTILLO DE LA MOTA, DE MEDINA DEL CAMPO (VALLADOLID)

Después de Ildefonso Rodríguez y Fernández, el escritor local que más ha investigado en las antiguas crónicas medinenses, dejándonos su extensa historia sobre la célebre ciudad, es el ilustre Conde de Gamazo, el que, concretándose al castillo, nos ha dejado referencias más amplias en su obra *Castillos en Castilla*, cuya segunda edición se publicó el año 1955, obra que «brotó y se cultivó, por sus persistentes cuidados y personal labor, como lozana ofrenda a su amor a Castilla», frases de justísima expresión, escritas por Llanos y Torriglia en el prólogo de su magnífica obra, que hoy es la de más eficaz consulta para conocer la historia de los castillos de Castilla.

A pesar del carácter restringido de la misma, por la necesidad de no rebasar los límites de su extensión, por tener que tratar de otros castillos, sirvió y sigue sirviendo aún de contenido expresivo y elocuente para tenerla presente en cualquier trabajo que con respecto al castillo de la Mota quiera escribirse,



El castillo de la Mota,
de Medina del Campo
(Valladolid).

Foto Prast.

hasta tanto que sea editada la obra que tiene escrita don Federico Bordejé, nuestro querido, admirado y dilecto amigo y maestro, pues de él hemos aprendido muchas cosas, y cuya síntesis nos dió a conocer en la conferencia que pronunció en el salón de actos del Instituto de Investigaciones Científicas el 3 de junio de 1955, y en la que dió a conocer, entre otras muchas cosas, las tergiversaciones que algunos cronistas han padecido al involucrar los hechos de su historia, adjudicando a Juan II de Castilla o a Juan II de Navarra, o viceversa, errores obtenidos por las circunstancias accidentales que en la propiedad territorial de Medina y su castillo tuvieron ambos Monarcas, dando lugar, si no se conoce a fondo la historia de sus respectivos reinados, a dichos errores.

En aquella conferencia, el señor Bordejé quiso demostrar la inexistencia de un alcázar o castillo-palacio en la ya mencionada fortaleza, en la época de los Reyes Católicos, afirmación que nosotros veníamos haciendo mucho tiempo antes, ratificada en el folleto que publicamos el año 1945 con el título de *¿Fué alcázar el castillo de la Mota, de Medina del Campo?*, criterio que hubiera sido más afirmativo aún de haber conocido las manifestaciones que el Conde de Gamazo hace en su obra ya referida anteriormente, que son, para nosotros, muy interesantes.

Por este motivo esperamos, pues, con ansiedad, la publicación de la obra del señor Bordejé para, según sus afirmaciones, confirmar o rectificar nuestro criterio, ya que el estudio que nuestro buen amigo tiene hecho es bajo el carácter exclusivo de su estructura general exterior como defensa militar hasta finales del siglo XV, no interior de su carácter decorativo, que ya había desaparecido, por variadas circunstancias, a finales del siglo XVI, pudiendo haber llegado a formar un juicio equivocado.

¿Cuándo publicará el señor Bordejé su obra anunciada? Yo hago votos sinceros para que sea pronto, pues el castillo de la Mota necesita de esa historia, que ha de contribuir muy eficazmente a prestigiar el acervo histórico que de sus castillos va poseyendo nuestra Asociación, y el altar de Castilla, como simbólicamente se llama al de la Mota, la está pidiendo con ansiedad.



Castillo de Barco de Avila.

EL CASTILLO DE BARCO DE AVILA

Pero continuemos nuestro itinerario. Sigue su presuroso camino el Emperador, aterido de frío, y pasa por Horcajo de las Torres, Peñaranda de Bracamonte, Alcaraz, Gallegos de Solmirón y Barco de Avila.

El interés del castillo de Barco de Avila no estriba en su arquitectura, ni tampoco en el prestigio histórico de que le inviste su pasado, pues la fortaleza, aun siendo de noble prestancia por su excelente construcción, de planta rectangular, flanqueada por bien proporcionados cubos, no excede en valor artístico al de gran parte de los castillos españoles, ni los acontecimientos acaecidos en ella tuvieron tampoco el relieve de los que hemos

relatado al hablar de otros reductos de la historia de Castilla. Pero el aspecto en que todos los elogios del castillo de Barco de Avila resultan pocos es el de sus valores paisajísticos, erguido sobre una colina, dominando uno de los pueblos más pintorescos de España, en un valle de simpática amenidad y belleza, con el supremo fondo de las más eminentes cimas de la sierra de Gredos.

Este castillo permaneció siempre vinculado a los Duques de Alba y su estimación estratégica se debe a estar situado sobre una de las más importantes vías de comunicación de Castilla con Extremadura, por lo que puede suponerse que sus precedentes en la fortificación son sumamente antiguos y muy anteriores al actual edificio, que debió construirse en el siglo XVI.

Barco de Avila posee, además, un poderoso recinto de murallas, uno de cuyos cubos aparece relacionado con la leyenda de San Pedro del Barco, cuyo cadáver fue llevado a la iglesia de San Vicente de Avila a lomos de una mula ciega.

(Transcripción de las *Rutas de los Castillos Castellanos*, de Luis G. de Candamo.)

El punto de su destino se va acercando; llega el Emperador a Tornavacas; la comitiva costea durante un corto trayecto el río Xerte el 11 de aquel mes, y, atraído por un espectáculo insólito para él, se detiene unos momentos para ver cómo unos pescadores, favorecidos por la luz de unas antorchas, están pescando truchas, que luego han de servirle para comer en Jarandilla.

Continúa su marcha la comitiva, que atraviesa el puente nuevo con grandes dificultades, en su silla de manos, y se va aproximando a la cima de la Sierra de Gredos.

Tras de una ascensión lenta y fatigosa, porque la nieve obstaculiza su marcha, cruza, por fin, el puerto de Tornavacas, donde, advertido del lugar a que han llegado, el Emperador exclama: «Ya no franquearé otro puerto que el de la muerte.»

Poco tiempo después llega a Jarandilla; es el 12 de noviembre, por la mañana; se aloja en el castillo-palacio de don García Alvarez de Toledo, conde de Oropesa, y allí empieza a descansar de su horroroso viaje y espera el aviso del día, que él cree inmediato, en que ha de trasladarse a Yuste; pero el día 25 está inquieto por la tardanza del término de las obras del monasterio, y decide ir hasta él, creyendo poder quedarse—vana ilusión—; tiene que volverse, muy contrariado.

Por fin, el día 3 de febrero de 1558, su secretario y mayordomo Luis Quijada le da cuenta de una fausta noticia para él: en el monasterio está todo dispuesto para recibirle, y aquel mismo día, sin dilación alguna, emprende el camino a las tres de la tarde; obliga a realizar la marcha con apresuramiento;

no quiere que se haga de noche, y pueden llegar a las cinco, velocidad pasmosa, por la estructura del camino; la distancia recorrida fue de nueve kilómetros.

El Emperador permaneció en Jarandilla cuatro meses escasos, y fue visitado por altas personalidades, entre ellas el Duque de Gandía, San Pedro de Alcántara; doña Leonor, viuda de Francisco I; doña María, reina de Hungría; el Príncipe de Eboli, don Ruy Gómez de Silva, y varias veces el Conde de Oropesa, entre otros, y con estas visitas, el Emperador estaba al corriente de los negocios del Estado y del Imperio.

Ahora vamos a descansar nosotros un poquito del presuroso viaje que hemos ido conociendo, y así nos ocuparemos también, muy sucintamente, de la historia de Jarandilla y su castillo.

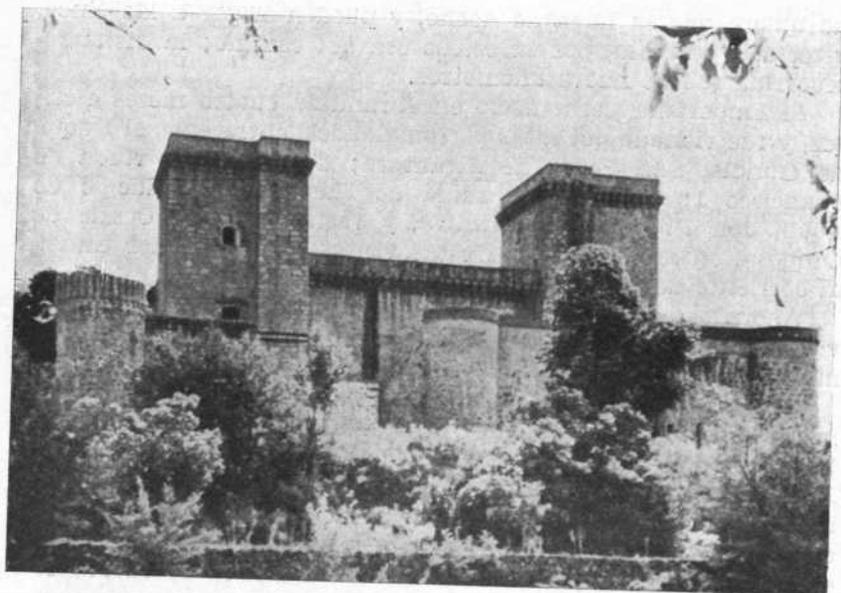
Territorialmente, su situación es magnífica; en la época romana era, toponimicamente, considerada *Municipum Flavium Viertorum*, y, con posterioridad, durante la dominación árabe, Xarandilla. Después, durante el reinado de Alfonso VIII, se conocía por Jarandiella, quedando adscrita a la naciente jurisdicción de Plasencia, hasta que, mediado el siglo XIV, fue donada en señorío por Enrique II a don García Alvarez de Toledo, maestro de la Orden de Santiago, a cambio de su renuncia al maestrazgo de la misma, constituyéndose entonces el señorío de la casa condal de Oropesa.

EL CASTILLO DE JARANDILLA

El castillo de Jarandilla es uno de los mejores de la provincia.

Dicen algunas crónicas que fue mandado erigir un siglo después, o sea, en el XV, por un sucesor homónimo del noble García Alvarez de Toledo, que fue a aposentarse en Jarandilla al señorearse los Zúñiga.

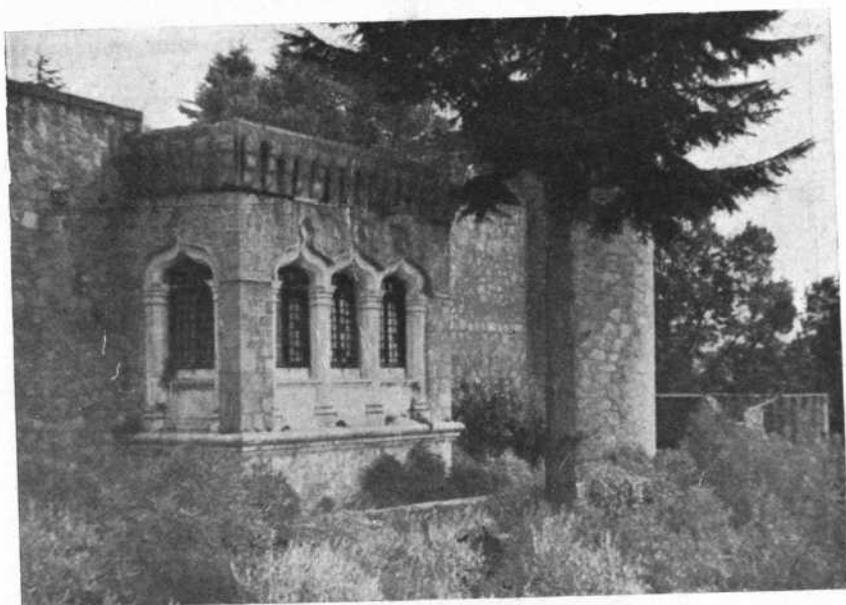
El señorío de Jarandilla fue convertido en marquesado el año 1599 y, como dicen en el interesante folleto, escrito para solemnizar el IV centenario de la muerte del Emperador, los señores García Calderón y Valentin Soria, «por las calles gremiales de Jarandilla, en muchas de cuyas casas todavía se conservan herrajes y escudos del siglo XVI, pasearon su altivez los flamencos del séquito del Emperador Carlos I, y en sus bodegas, entre ellas la de Pedro de Berrueza, hicieron honor al buen vino español»—añadiendo nosotros—, para distraer la profunda nostalgia que sentían de su tierra, que hacían patente siempre que podían, con sensible menosprecio de nuestras costumbres, a las cuales no podían amoldarse.



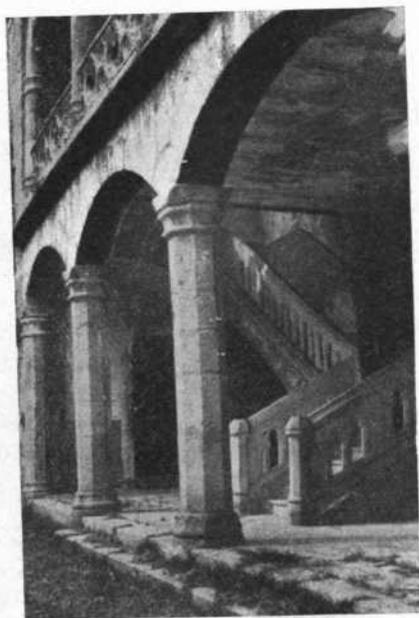
Vista general del castillo de Jarandilla de la Vera.



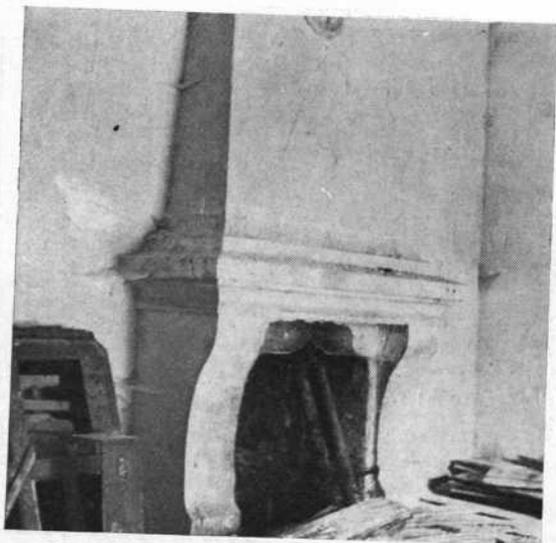
Entrada principal del castillo



Castillo de Jarandilla.
A la izquierda, los ventanales de la estancia que ocupó el César.



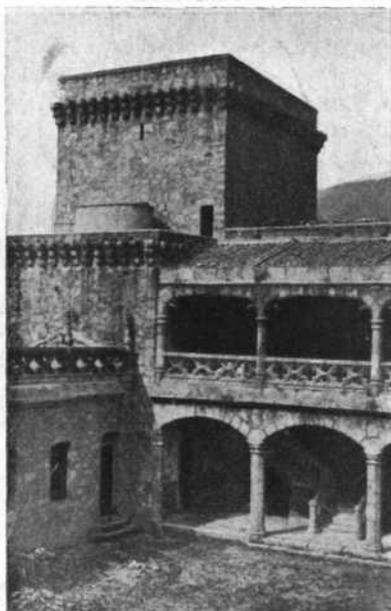
Escalera
principal
del castillo.



Una de las varias
chimeneas
de las estancias
del castillo.

Puerta
de acceso
a la barbacana
del castillo.





Un ángulo de la plaza de armas del castillo.

El edificio fortificado que mencionamos es del tipo castillo-palacio, de aspecto verdaderamente señorial, de los mejores de España. Es de grandes proporciones, y su estado de conservación, a pesar de su reciente restauración parcial de los comienzos de nuestro siglo, ejecutada por el arquitecto don José Lorite para residencia particular, hoy está en esos críticos momentos en que necesita una extensa consolidación y restauración total, pues de no hacerse, comenzará su indefectible destrucción paulatina por las fallas de sus cimientos, que ya empiezan a percibirse.

En aquel histórico viaje del Emperador a Yuste y su estancia transitoria en Jarandilla, la villa consolidó su importancia histórica anterior, por ser un lugar obligado para la circulación de los viajeros que en tránsito caminero cruzaban la Sierra de Gredos por el puerto de Tornavacas para ir por el Sur a los pueblos de la Vera de Plasencia, y entonces el castio-palacio del Conde de Oropesa era, en Jarandilla, el solar de nobleza hogareño que a toda ciudad, villa o pueblo da el lustre que atrae a los extraños por conocer su historia y retiene a los propios indígenas, al considerarse honrados por ser su patria chica.



Entrada de Carlos I en el monasterio de Yuste.

(Cuadro de Agravot.)

En Yuste para morir

POR CELESTINO M. LOPEZ CASTRO

DESDE los comienzos del medievo, los monasterios y las abadias se construían en parajes escondidos del mundo, para estar más cerca de Dios. Y aunque tomaba así carácter de retiro la vida de sus monjes, allí se concentraba el culto a la sabiduría y a las letras, redactándose códices y cronicones, que, cual el Albeldense, son fuentes preclaras de la historia de España.

Muchas fueron las obras erigidas y mucho el arte aliado con el fervor, trazando el monje bellos pórticos y claustros, con ayuda casi siempre del alarife mudéjar, que llenaba con sus teorías ornamentales los cenobios y los templos, naciendo esos monumentos históricos que se esparcieron por España, principalmente por la ruta de Compostela. De esta forma, pues, los monjes erigieron monasterios grandiosos que fueron hitos de fe, adonde llegaban los peregrinos santiagueses de todo el mundo para mitigar sus fatigas, adquirir resuello y seguir su cami-

no, removiendo el polvo de la vieja Castilla con las puntas de sus bordones y con el esparto de sus sandalias cansinas.

Estos monasterios servían también de refugio y de retiro a grandes personajes, princesas y reyes, que buscaban el olvido del mundo pervertido, o un rincón sedante de silente de paz, para reposar entre grito y grito de combate.

Carlos I de España y V de Alemania había heredado de su abuela Isabel I de Castilla una acendrada fe católica, que es la que le hizo luchar denodadamente contra el protestantismo; no es, pues, de extrañar, que en aquel siglo XVI, tan cercano aún a la época esplendorosa y preponderante de los monasterios en la vida nacional, decidiera el César español encerrarse en uno de ellos para acabar en él su vida, y abandonar sus actividades infrahumanas y los continuos y penosos viajes por Europa, Africa y sus mares aledaños.

No fue esta decisión motivada por contrariedades en sus últimas campañas, ni por una ofuscación repentina que a ello le decidiera. Estando en la villa de Monzón en el año 1542 ya manifestó sus deseos de enclaustrarse al Duque de Gandía don Francisco de Borja, con quien luego, siendo éste jesuita, habría de tener en Yuste tan íntimos y fervorosos coloquios. Y aun desde mucho antes venía halagándole la idea de pasar sus últimos días en un lugar regido por religiosos, ordenándole al Príncipe Felipe que antes de marcharse a Inglaterra para casarse con María Tudor fuera al monasterio de San Jerónimo de Yuste para que le informara del lugar y virtud de aquellos cenobitas, de acuerdo con las condiciones ajustadas a su gusto. El P. Sigüenza, en su obra *Historia de la Orden de San Jerónimo*, dice que el Emperador, una vez decidido a ello, escribió al prior y monjes diciéndoles: «Deseo retirarme entre vosotros a acabar la vida, y por eso quería que labrácedes unos aposentos en San Jerónimo de Yuste; y por lo que fuere menester acudireys al secretario Juan Vazquez de Molina, que él procurará dineros, para lo cual os envío el modelo de la obra.»

* * *

Era el 3 de febrero de 1557 cuando llegaba a Yuste el Emperador Carlos, pensativo y metido en la litera que, a fuerza de puños, dando trompicones por aquí y resbalones por allí, había subido por el camino pedregoso que desde Cuacos conducía al monasterio. Aquel rincón señalado por la mano de Dios iba a ser la última estancia del que fue ariete del protestantismo. Aquel santuario, que iba a recoger su último hálito, iba a convertirse en relicario de la historia patria; la vieja, recia y dura Extremadura, con sus bosques de encinas, de nogales y de hi-



Carlos I en el coro del monasterio de Yuste.

(Cuadro de Francisco Aramburu y Uranda.)

gueras; con sus barrancos correteados por los conejos y sus riscos con sobrevuelos de águilas reales, iba a servir para formar un capítulo del genio político de un Emperador que habría de grabar los episodios de sus últimos días en los muros de un racial cenobio, al que ahora se vuelven los ojos de toda España en este centenario enaltecedor y patriótico. Aquellas ruinas monacales, hoy en feliz trance de restauración, fueron testigos de muchos secretos de Estado, que gran número de políticos y magnates de Europa revelaban al Rey enclaustrado. Porque allí se encaminaban emisarios de don Felipe II, a consultar continuamente las dudas políticas que surgían ante los mandatos de su padre; el Duque de Gandía, con sus misticismos y sus afares, para darle consejo, y otros muchos personajes que se dirigían a Yuste para pedirle protección y parecer ante sus problemas. Por cierto, que todos estos magnates y reyes y príncipes pasaban por Cuacos, y allí solían dejar sus escoltas de ser-

vidores y soldados, viéndose esquilados los habitantes de tan humilde lugar por las tropas, que exigían alojamientos y raciones, sin pagar nunca nada de sus gastos. Esto originó reclamaciones, que no fueron atendidas, por lo que los aldeanos de Cuacos, cansados de tanto abuso, apenas asomaba por el pueblo una partida de gente armada, la recibían a pedradas, dando lugar esto a represalias, que hacían imposible la vida. Y ya en este camino de mutuos daños, llegaron hasta apoderarse de las vacas que tenía el Emperador para surtirse de leche, con la disculpa de haberse metido a pastar en el término municipal de la villa, sin que el gran César, que había vencido a poderosos ejércitos en Mulberg, Pavía y Túnez, pudiera declarar la guerra a los vecinos de Cuacos.

Como hemos dicho, era el 3 de febrero de 1557 cuando llegaba la litera del Emperador Carlos a Yuste, pasando ante la puerta en arco de medio punto abierta en la tapia del monasterio, la que, transpuesta, ofrece un bello panorama. De una parte, el vetusto palacio; al frente, la fachada de la iglesia, vetusta también; a la izquierda, el agua que brota por la fuente del muro, que riega las caprichosas plantas silvestres y la huerta, y que sirve de abrevadero a los infinitos pajarillos que han escogido para lugar de sus conciertos este lugar tan frondoso, tan verde, tan silente, bajo el alegre cielo de la Vera extremeña.

Un melancólico caminito, sombreado por espigados y añosos eucaliptos, lleva hasta la portada del templo, ante la que fue recibido el Emperador por toda la comunidad jerónima, con cruz alzada y el prior al frente. Sentado luego en una silla y bajo palio, fue llevado hasta el altar mayor por dos gentileshombres, yendo a un lado el conde de Oropesa, don Fernando Alvarez de Toledo, y al otro costado don Luis de Quijada, su mayordomo. Se cantó un Te-Deum, terminado el cual don Carlos ocupó un gran sillón dorado, pasando por delante de él todos los monjes para besarle la mano.

Luego el prior le dirigió una plática de bienvenida, en la que se felicitó por haber llegado a vivir entre aquella comunidad el que «fue Emperador de España», dándole el tratamiento de Paternidad; pero este lapso incorrecto se lo hicieron notar al punto otros frailes y el ceño adusto del Monarca, y hubo de rectificar, diciendo: «Y siempre, antes como ahora, rey de reyes y soberano de todas las Españas.»

* * *

Carlos V entró en Yuste, vivió en Yuste y murió en Yuste sin dejar de ser Emperador; sólo en los últimos días dió orden de que se le apeara el tratamiento de Majestad y de que no se

usaran los sellos de su Imperio en la correspondencia y documentos. Se informaba de todos los asuntos políticos y administrativos, aconsejaba sobre ellos a su hijo y llegaba a veces a impartirle verdaderas órdenes.

Todo lo que por algunos famosos escritores se dice de que hizo vida de monje, que vistió el sayal de San Jerónimo, que recitaba los cánticos desde el coro y de que mandó celebrar en vida sus propios funerales, presenciándolos dentro del ataúd, son puras invenciones ridículas de ciertos cronistas antiguos, copiadas luego por otros. Si es cierto que asistía con frecuencia a las procesiones y solemnidades religiosas, que frecuentaba los sacramentos, que asistía a los sermones y hasta que le gustaba a veces ayudar a misa en la recoleta ermita de Belén, adjunta al edificio del monasterio.

Prueba del boato con que vivía es la gran servidumbre que a sus órdenes tuvo hasta el último día, la cual se alojaba parte de ella en las habitaciones bajas de su palacio, otros en el monasterio y algunos en Cuacos. Los servicios estaban a cargo de sesenta personas, de las cuales veinte eran sólo para el servicio de cámara. Allí tenía panaderos, pasteleros, cervecedores, salceros, guardajoyas, relojero, médico, cirujano, barbero, mayordomo, veedor, limosnero, mantequero, cocineros, ayudas de cámara, lacayos, porteros, etc.

Tampoco era muy austera y frugal la mesa del Emperador. Consta por la correspondencia de su mayordomo y confidente, don Luis Quijada, y de su secretario, Martín de Gaztelu, que le gustaban mucho las empanadas de anguilas, las truchas, los adobos de aceitunas y otros manjares que perjudicaban a la enfermedad de artritis agudo que padecía. Tenía gran empeño en que se le proporcionaran longanizas a estilo de Flandes y que se le procuraran las mejores perdices del mundo, señalando él mismo el lugar donde podían encontrarse.

Su enfermedad se fue agravando, pero no murió de ella. Cierta día se empeñó en comer al sol y al aire libre, cogiendo una insolación, y el 21 de septiembre de 1558 expiró, a las dos y media de la mañana, sin haber perdido el conocimiento durante su agonía. Después de exhalar un suspiro y pronunciar el nombre de Jesús, entregó su alma a Dios, teniendo a un lado a don Luis Quijada y al otro a su querido predicador fray Francisco de Villalba. Velado por cuatro religiosos, vestido de negro, con un tafetán sobre el pecho y entre las manos el crucifijo que en igual trance sirvió a la Emperatriz Isabel de Portugal, su esposa, quedó su rostro pálido y sereno, que parecía dormir. Las exequias fueron dirigidas en el templo de Yuste por el

Arzobispo de Toledo, con el clero de Cuacos presente, la comunidad del monasterio y las de otros conventos vecinos.

En su testamento dejaba dicho que se le enterrara en la iglesia del monasterio y debajo del altar mayor, con el medio cuerpo superior hacia el sitio donde se colocaba el celebrante, para que pisara sobre él; pero como este lugar sólo podían ocuparlo los santos, fue preciso adelantar la mesa del altar para soterrarlo detrás de ella. Sus restos mortales permanecieron en Yuste hasta que, según cédula del 3 de enero de 1574, expedida por su hijo el rey don Felipe II, fueron llevados al monasterio de San Lorenzo del Escorial, donde siguen.

El monasterio de Yuste ante la celebración del IV centenario de la muerte del Rey Emperador Carlos V

Con este título fué radiada, en el Tercer Programa de Radio Nacional de España, el día 27 de julio de 1958, una extensa charla, escrita para tal fin por el colaborador de dicha Emisora oficial don Angel Dotor Muncio. La acreditada competencia del Director de nuestro BOLETÍN se manifestó nuevamente, quedando reflejada en el trabajo de referencia, constituyendo una amena y documentada evocación de la vida de Carlos V, enmarcada en el fondo, fiel y coloristamente descrito, del famoso cenobio, cuyo origen, decurso secular y vicisitudes sufridas, quedaron plasmados fielmente.

Con este motivo y como adhesión al homenaje con que nuestra Asociación contribuye al consagrado Centenario, consignamos la noticia en esta publicación de carácter extraordinario.



Visita de San Francisco de Borja al Emperador en el monasterio de Yuste.

(Cuadro de Esquivel.)

Yuste. Coloquio histórico

Por G. VELO NIETO
Académico



poco de la llegada a Yuste del Emperador Carlos I, la princesa doña Juana, su hija, interesó de fray Martín de Angulo, prior de aquella santa casa, que hiciera lo posible por dejar constancia, en el oportuno diario, de la estancia de don Carlos en el monasterio jerónimo, de las visitas que recibía, de sus ocupaciones habituales y de todo cuanto tuviera relación con su augusto padre.

Años más tarde, el primer marqués de Valparaíso, don Francisco González de Andía, consiguió tomar notas de las memorias del P. Angulo, y con este material, otros diversos documentos manuscritos de la época que consiguió consultar y múl-

tiples referencias recogidas de viva voz en Cuacos y demás villas y lugares de la Vera de Plasencia, compuso una pequeña monografía, que aun permanece inédita y contiene curiosas e importantes noticias históricas, escritas con la ingenuidad y estilo de aquellos tiempos.

De todo cuanto escribiera el referido marqués es la amigable charla de San Francisco de Borja, duque de Gandía, con el llamado *Solitario de Yuste*, lo que más interesa a nuestro propósito; lamentando no poder disponer de espacio suficiente para referir con la debida amplitud y detalle los coloquios de don Carlos con otros ilustres personajes que lo visitaron en su retiro monacal, como don Luis Dávila, los Visitadores de la Orden jerónima, el arzobispo Carranza, el conde de Oropesa y el portento de la penitencia fray Pedro de Alcántara, cuyas virtudes y ejemplaridad edificaban al César, a pesar de que no pudo conseguir que el humilde franciscano permaneciera a su lado para poder encomendarle la dirección de su conciencia y la salvación de su alma.

La entrevista de don Carlos y del P. Francisco de Borja tuvo gran trascendencia y versó casi exclusivamente sobre los móviles que impulsaron al noble caballero a ingresar en la Compañía de Jesús.

Diversos historiadores, dramaturgos, novelistas y, en una palabra, escritores de todos los tiempos, se han esforzado en testimoniar que la razón única y decisiva de la conversión del Duque de Gandía se debió a la enorme impresión que le causó contemplar los restos mortales de la emperatriz Isabel, hecho que le afectó tanto y tan profundamente, que hubo de pronunciar aquella inolvidable frase conocida de todos: «No he de servir a señor que se me pueda morir.» Y aunque admitimos que la referida escena debió influir poderosamente en el ánimo del esclarecido Borja para la decisión que tomó, resulta indudable que fueron otros muchos factores—el examen detenido de la vida misma, el ambiente y las imperfecciones de los hombres—lo que motivó el cambio radical del hoy venerado en los altares con el nombre de San Francisco de Borja.

He aquí en síntesis cuanto refirió el mencionado jesuita al César Carlos durante su primera entrevista en el monasterio de Yuste:

El conde de Oropesa, don Fernando Alvarez de Toledo, uno de los magnates más discretos y ejemplares de su tiempo y gran servidor de la Corona, visitaba al Emperador, durante su permanencia en Yuste, con bastante frecuencia. Cierta día le hizo saber don Carlos su mucha extrañeza porque el Duque de Gandía no le visitaba desde que ingresara en la Compañía de Jesús. Dio cuenta de ello el conde al P. Borja, y el jesuita «vino luego, de

que S. M. se holgó mucho»; y entonces ordenó a don Luis de Quijada, su mayordomo, que lo aposentara en el convento, señalándole él mismo las habitaciones que debía ocupar y el modo de amueblarlas y hacerlas confortables.

Algún tiempo antes, la princesa doña Juana había dicho al duque que su padre estaba admirado y sorprendido porque él hubiera preferido la Compañía de Jesús a otras Ordenes religiosas más antiguas y probadas; y que tenía pensado aconsejarle, la primera vez que lo viera, que dejara el hábito e ingresara en la de San Jerónimo «o en otra religión digna de quien él era», «porque la Compañía no tenía el crédito que la gente de Dios merecía y estaba dudoso de que el P. Borja viviese acertado».

Llegó el fraile a besarle la mano, puesto de rodillas, y el Emperador no se la quiso dar. Mandóle levantar y sentar; pero el jesuita le rogó le permitiera permanecer así. Nuevamente don Carlos insistió en que se levantara, y entonces el virtuoso religioso hubo de contestar:

«Suplico a V. M. humildemente me deje estar de rodillas, porque estando delante de su acatamiento me parece estoy ante el de Dios; y si V. M. me da licencia, deseo tratar de mi persona, mudanza de vida y religión y hablar con V. M. como si hablara con Dios Nuestro Señor, que sabe diré verdad en todo.»

Dijole el Emperador: «Pues vos lo queréis, sea así. Yo me holgaré mucho de todo lo que acerca de esto digéredes.»

«Yo, señor—dijo el Padre—, fui gran pecador, pues desde mi niñez di mal ejemplo al mundo con mis actos y con mi conversación. De algo de esto tiene conocimiento V. M., por cuanto hice en el tiempo que estuve en vuestra imperial corte y servicio. Plugo a la Divina Bondad abrir mis ojos, permitiéndome conocer algunas de mis culpas, y entonces decidí, con la gracia del Señor, corregir mis pecados y hacer enmienda de la vida pasada, entrando en alguna religión donde con más eficacia pudiera conseguir mi intento.

»Supliqué a Nuestro Señor me encaminara a la religión que fuere más de su agrado, y puse de mi parte, para conseguirlo, todos los medios que estaban a mi alcance, ofreciéndole singularmente el fruto de las muchas misas que se dijeron a mi intención; y en tanto que la Divina Providencia me señalaba el camino que debía seguir, yo sentía inclinación por el hábito de San Francisco de Asís, tanto por su antigüedad y prestigio universal como por la devoción de mis padres hacia dicha regla; pero cada vez que me proponía decidir en este sentido sentía en mi corazón una sequedad y desconsuelo tan grande, que me causaba admiración, porque no acababa de entender cómo deseando tanto mi alma una cosa tan santa, y que a mi ver me

estaba muy bien, la misma alma hallaba dentro de sí tantos desvíos y embarazos en la determinación y ejecución de ella, que la hacían no querer lo que quería, ni poner por obra lo que deseaba.

»Estos mismos efectos, y aun con más fuerza y claridad, sentía cuando meditaba sobre la posibilidad de entrar en las demás Ordenes religiosas, tanto monacales como mendicantes; y por el contrario, cuando mi pensamiento volaba hacia la Compañía de Jesús, cuando conversaba con algunos de los que hoy son mis hermanos, regalaba Dios mi espíritu con tal bienestar y dulzura, que me sentía feliz y vencía la primera y extraña sensación a que he hecho referencia.

»Y como esto me ha sucedido durante un largo período de tiempo, he meditado mucho y atentamente sobre el asunto, sacando la conclusión de que la indudable voluntad del Altísimo era señalarme el camino de mi nueva vida; y no porque yo entendiera que la Compañía era más santa y perfecta que las demás religiones, sino porque el Señor estimaba que lo serviría mejor en ella que en las otras.

»Con su misericordia y ardiente deseo, Dios me indicaba el modo más conveniente para huir de la honra y gloria del siglo, de buscar y abrazarme con el menosprecio y la bajeza. Yo temía que si entraba en alguna otra Orden religiosa sería tenido en algo, porque casi seguro que hallaría en ella precisamente aquello de lo cual iba huyendo, y sería honrado, como lo han sido otros, sin querer serlo, en el siglo.

»Esto, sin embargo, no podría temerlo ingresando en la Compañía, por ser su fundación muy reciente y no conocida ni estimada; y más todavía, criticada y aborrecida de muchos, como sabe V. M.

»A pesar de que las razones alegadas y otras parecidas me forzaban a mi determinación, no quise fiarme de mí mismo en asunto tan grave hasta consultarlo una y muchas veces con diferentes varones doctos y prudentes, con prestigiosos Padres de la Iglesia, auténticos siervos de Dios, quienes, enterados de mis alegatos e íntimas razones, aplaudían y aprobaban mi entrada en la Compañía. Y puedo afirmar a V. M. que siempre me ha hecho el Señor muchas misericordias en ella, que me ha tenido y me tiene muy contento y consolado, obligándome a darle infinitas gracias y alabanzas, y mil vidas que tuviera por su amor.»

El Emperador escuchó atento los razonamientos del P. Borja, y con alegre semblante respondió: «Mucho me ha holgado de saber de vos mismo todo lo que me habéis dicho de vuestra persona y estado, porque no os quiero negar que me causó admiración y sorpresa saber vuestra determinación, cuando me escribisteis desde Roma a Augusta, ya que me parecía que una

persona como vos en la elección debía anteponer las religiones antiguas, que están ya aprobadas con la experiencia y curso de los años, a una religión nueva que carece de prestigio y de la que se habla con desconsideración y diferentemente.»

«Sacra Majestad—dijo el duque—: Ninguna hay tan antigua ni tan aprobada que en algún tiempo no haya sido nueva y no conocida. Es más: la experiencia nos enseña que los principios de las religiones, aun del mismo Evangelio y Ley de gracia, han sido los más floridos, más fervorosos y más abundantes de varones ejemplares en devoción y santidad. Bien sé que muchos hablan de la Compañía con indiferencia y menosprecio y que (por alguna pasión) nos achacan cosas falsas e impertinentes; pero estimo que se debía dar más crédito a los que vivimos en ella que a los de afuera, que la miran de lejos y murmuran de lo que no saben.

»De mí, aseguro a V. M., que si yo supiera de la Compañía cosa mala, indigna de santa y perfecta religión, nunca pusiera los pies en ella; y si ahora que lo tengo hecho lo supiera, luego me saldría; porque no fuera justo que yo hubiese dejado esta miseria que dije y el mundo (pudiéndolo poseer todo de buena conciencia) por entrar en una religión donde Nuestro Señor no fuera bien servido y glorificado.»

«Yo lo creo por cierto—respondió el Emperador—, porque siempre hallé en vuestra boca verdad. Mas ¿qué responderás a lo que se dice que todos sois mozos en vuestra Compañía y que no se ven canas en ella?...»

«Señor—dijo—: si la madre es moza, ¿cómo quiere V. M. que sean viejos los hijos?»

Lo que preguntó don Carlos no era exactamente cierto, pues entonces tenía ya el duque cuarenta años, y en aquella ocasión le acompañaban otros sacerdotes de bastante edad, entre ellos el P. Buenaventura de Bustamante, hombre docto y virtuoso, que había ingresado de novicio; y al enterarse el Emperador que se encontraba en Yuste, lo mandó llamar, y, al reconocerlo, le recordó que había tratado con él negocios de importancia en Nápoles, cuando fue allí con determinada comisión del cardenal don Juan de Tavera, su amo.

Más de tres horas se prolongó la charla de ambos ilustres personajes, a la que dio fin el Emperador diciendo «que había holgado mucho de haber oído de él todo lo que había dicho, que él creía ser así, y que aunque estaba dudoso y con alguna sorpresa acerca de la Compañía por lo que había oído hablar de ella, que ahora con su testimonio fundado quedaba muy satisfecho de la virtud y verdad que en la misma había, y que de allí en adelante la favorecería, tanto por servir al Señor como por pertenecer a ella tan preclaro caballero».

A continuación, agregó el César: «¿Acordáis os que os dije el año 1542, en Monzón, que había de retirarme y hacer lo que he hecho?»

«Bien me acuerdo, señor»—respondió el P. Borja.

«Sabed cierto—repuso el Emperador—que no lo dije más que a vos y a otra persona.» Y el P. Francisco le respondió: «Bien entendí el favor que V. M. me hacía en decirme lo que entonces me dijo. Por eso guardé el secreto.»

Preguntado después sobre sus oraciones y penitencias, al enterarse don Carlos que el jesuita dormía vestido, se lamentaba de no poder él hacerlo así; y a esta manifestación contestó animoso el insigne Borja: «Señor, las muchas noches que V. M. veló armado ha sido causa de que ahora no pueda dormir vestido; y como empleó su tiempo defendiendo la fe de Cristo, es mayor su mérito que el de muchos religiosos que cuentan las horas en su celda rodeados de cilicios.»

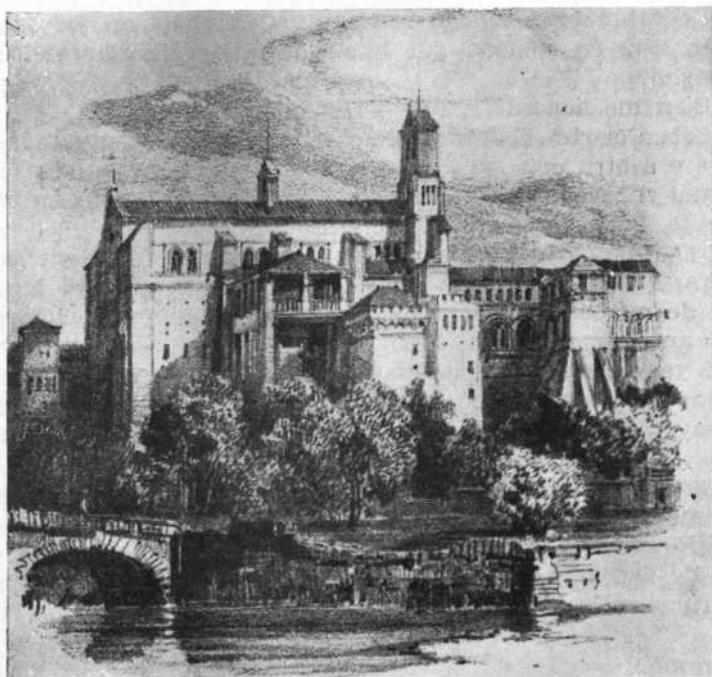
Terminado el coloquio, permaneció todavía en Yuste durante tres días el P. Francisco. Pidióle después licencia para irse, y accedió gustoso don Carlos a su ruego, encomendando a don Luis de Quijada que le entregara 200 ducados de limosna sin admitir excusa alguna para no tomarlos.

* * *

Otras dos veces estuvo en Yuste el P. Borja. Una, cuando lo mandó el César a Portugal para dar el pésame por la muerte del rey don Juan y para tratar cierto negocio de importancia con la reina Catalina, su hermana; y la otra, cuando volvió con la respuesta de su embajada.

Una de estas veces le preguntó el Emperador si le parecía que había algún rastro de vanidad en escribir el hombre sus propias memorias, porque él tenía escritas todas las jornadas en que había tomado parte, las causas y razones que las habían motivado, y lo había hecho con el exclusivo fin de decir la verdad, porque lo escrito y leído por él de los cronistas de aquellos tiempos no se ajustaba a realidad, por desconocerla los autores, o por sus aficiones y pasiones particulares.

Y se despidieron finalmente para siempre, no sin antes haber pedido consejo el César a su fiel e ilustre amigo sobre los servicios y bien de los reinos.



Vista parcial del monasterio al fondo y, en primer plano, el anexo que mandó construir el Emperador.

(Grabado de Laborde.)

*El lego de Villacastín que construyó
los aposentos imperiales de Yuste*

**Antes de intervenir, como aparejador,
en la grandiosa fábrica del monasterio de El Escorial**

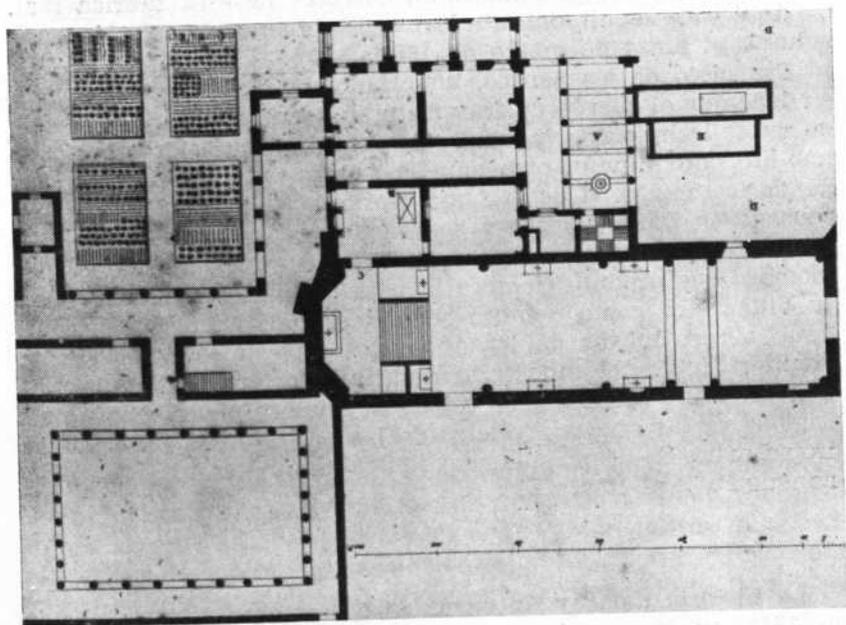
POR JOSÉ RICO DE ESTASEN



EN el ángulo derecho del Patio de Reyes del monasterio de El Escorial, junto a la monumental fachada que rematan las torres de las campanas, una puerta pequeña, disimulada casi, entre las masas geométricas del amplio recinto, facilita el acceso a un patio interior, vedado a la curiosidad de las gentes por el rigor de clausura de los monjes.



Fray Antonio de Villacastin.



Plano del monasterio de Yuste, de la obra de Laborde.

Con autorización de éstos, yo lo he visitado más de una vez, más que por el propio patio—remanso de quietud que embellece una fuente central—, por el claustro que lo rodea, al que recaen las celdas de los primeros religiosos que aposentó Felipe II a raíz de la fundación del monasterio.

Uno de aquéllos, simple lego de la Orden jerónima, al trasponer los linderos de la eternidad, eligió sepultura a la puerta misma de su celda. Cundo murió, superada la edad de noventa y dos años, habiendo perdido la vista y sentido acrecentada la fe, que le empujaba todas las amanecidas a alzarse del lecho cuando palidecían las estrellas, para ayudar a la celebración de la misa del alba, lo enterraron allí tras la celebración de unos funerales tan suntuosos como nunca hasta entonces se habían visto en el nuevo cenobio. Sobre su tumba, casi ignorada en el día de hoy, colocaron una lápida con esta inscripción en latín, reveladora de las excepcionales cualidades del muerto:

«F. ANT. DE VILLACASTIN HVIVS REGIAE FABRICAE
PRAEFECTVS HIC ANTE IANVAM CELYVAE SVAE
SEP OBIIP NONA GENERIVS IV DIE MARTI ANNO 1603.»

Es decir:

«Fray Antonio de Villacastín, Director de esta fábrica real. Aquí yace sepultado ante la puerta de su celda. Murió nonagenario el día 4 de marzo de 1603.»

Francisco de los Santos, historiador de El Escorial, escribió en 1680 que el cuerpo de fray Antonio, veinticinco años después de su fallecimiento, fue hallado entero, y que por eso no se habilitó para ningún otro aquella sepultura, como sucedió con las de los demás. «Que la fama asentada de su santidad había causado en todos respeto y veneración.»

Fue así, ciertamente, pero previniendo tales reacciones del asombro que produjo siempre la personalidad del humilde lego de Villacastín como hombre sencillo, como religioso ejemplar, como obrero mayor de los aposentos imperiales de Yuste, y, singularmente, del monasterio escorialense, en cuya construcción intervino desde que se colocó la primera piedra hasta que, erigidas ya las cruces y veletas de las altas torres, puso por su propia mano el último sillar del edificio en una cornisa del mencionado Patio de Reyes.

BIOGRAFIA

La historia de fray Antón es en extremo edificante: nacido en 1512, en la segoviana villa de Villacastín, quedó en bien temprana edad huérfano de padre y madre, siendo recogido,

junto con una hermana suya, en casa de unos parientes, que, a cambio de sus servicios, les proporcionaron cobijo y alimentación.

Cerca de ocho años permaneció el futuro siervo de Dios ejerciendo su hombría de bien menesteres sencillos, habiendo, en ese tiempo, recibido cristiana educación y proporcionado asimismo la educación propia de su condición humilde, consistente en leer, escribir y contar.

Hasta que un buen día, cumplidos ya dieciséis años, dócil al impulso de una fuerza interior, se despidió de su hermana, y con el zurrón y los bolsillos vacíos, abandonó el solar nativo, atravesando campos y ciudades hasta llegar a Toledo.

Su corazón de adolescente hubo de experimentar las emociones que prestan la religión y el arte, recorriendo las naves de la catedral primada, contemplando la mole del encumbrado alcázar, la silueta de las torres mudéjares de los numerosos templos existentes en la ciudad, capital entonces del imperio español de Carlos V.

Hecho ya al cultivo de aquellas sensaciones del espíritu, entró al servicio de un honrado e inteligente maestro albañil, que, a cambio de su ayuda, le adiestró en el oficio, proporcionándole, como los parientes de su solar nativo, casa, ropa y manutención.

Diez años estuvo el animoso Antón dedicado a los menesteres de la construcción, estudiando y aprendiendo en la realización de numerosas edificaciones, hasta que, en 1539, habiéndosele concedido la categoría de «largo oficial», equivalente a maestro de obras, sintiéndose llamado al servicio de Dios, se despidió de su maestro y llamó a las puertas del monasterio de jerónimos de la Sisle, en las afueras de Toledo, que lo admitieron como lego corista, adoptando el nombre con que habría de pasar a la historia: Fray Antonio de Villacastín.

Conocedores de sus excelentes cualidades de aparejador, los monjes de la Sisle lo emplearon en la restauración del monasterio, así como en la realización de diversas obras en los de Lupiana, la Luz, religiosas de San Pablo, etc. Todo ello sin que el interesado abandonara sus obligaciones de religioso, que cumplió como un asceta, y sin que, como dice de él el insigne historiador de El Escorial, fray José de Sigüenza, «jamás se le viera comer ni beber fuera de las horas de comunidad, aunque hubiera consumido agotadoras jornadas de trabajo y andado tanto al sol, al frío, al aire y al agua, y con tantas incomodidades y destemplanzas como padeció en El Escorial en el transcurso de cuarenta años».

JORNADAS DE GLORIA

Siempre habrá de constituir una página de gloria para el humilde religioso de Villacastín la parte directa que tomó en la edificación del gran monumento filipense como aparejador y ordenador de la grandiosa obra, y como jefe, por expreso mandato de Felipe II, después de muerto Juan Bautista de Toledo, de cuantos trabajaron en ella.

La exquisita sensibilidad de mi ilustre amigo don Prudencio Rovira y Pita, secretario y hombre de confianza que fue del insigne político don Antonio Maura, puesta de manifiesto en las numerosas crónicas que ha dedicado a la magna fundación de Felipe II, rfiiriéndose a este pasaje de la vida de fray Antonio, nos descubre que fue al buen lego a quien se debió la celeridad de las obras, al proponer, y ser aceptada, la multiplicidad de los destajos, con el fin de establecer la consiguiente rivalidad de los destajistas; y, a él también, la monumentalidad del edificio cuando, avanzadas las obras, resolvió el Monarca elevar a ciento el número de religiosos, limitado a cincuenta cuando se trazaron los planos, y propuso a Villacastín, para resolver el grave problema, duplicar la altura de la construcción, puesto que los cimientos resistían la carga.

Rigió fray Antón durante veintidós años aquellas legiones de obreros con benigna entereza. «Admiraba—escribe el padre Sigüenza—la obediencia y el respeto que tantos hombres arriscados y enojados unos con otros tenían a un fraile que, al fin, no era letrado ni sacerdote.» «El Rey—prosigue el señor Rovita y Pita—buscaba su compañía y su consejo; los grandes le halagaban inútilmente en procuración de su privanza; los arquitectos Toledo y Herrera fiaban en su celo y competencia, aunque les desplazase en ocasiones su predicamento con el Monarca. Fue entonces cuando Villacastín se mostró sensible al recuerdo de su pueblo natal y embelleció la iglesia en donde hizo sus primeras oraciones con la torre y las portadas que dan al templo la prestancia monumental que hoy admiramos.»

LOS CAMINOS DE YUSTE

Con anterioridad a este trascendental pasaje de su vida, el siervo de Dios puso de manifiesto sus dotes de maestro del arte de la construcción, al tomar a su cargo, en virtud de santa obediencia, la de los aposentos que habría de ocupar el Emperador Carlos V en su retiro de Yuste.

Llama la atención cómo existiendo en España en aquella lejana época toda una legión de arquitectos de la categoría de Covarrubias, Pedro Machuca, Luis y Gaspar Vega, Rodrigo Gil

de Ontañón, Gil de Siloé, etc., tan importante encomienda la vinculase el futuro Felipe II a un humilde lego sin estudios, que vivía apartado del mundo en el rincón de un claustro y cuya fama de aparejador y constructor apenas rebasaba la órbita de la Orden a que pertenecía.

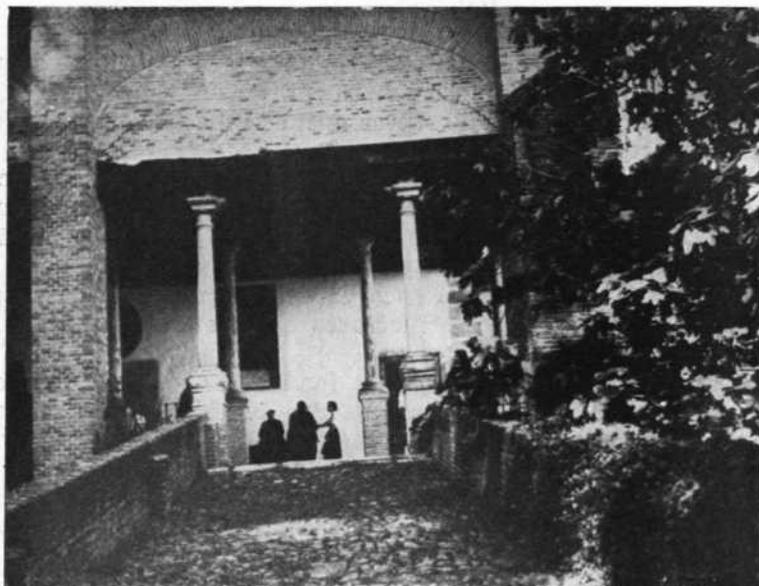
Pero la cosa ocurrió sencillamente así, y fue consecuencia de una determinación del prior del convento de la Sisle, que, obediente al deseo del heredero de la Corona, le llamó un día a su celda, ordenándole que partiese inmediatamente para el monasterio de Yuste con el encargo de construir una casa-palacio, ajustándose a las instrucciones que diera a tal objeto el propio Emperador.

Fray Antón, que, obediente al mandato de sus superiores, ejecutó siempre con diligencia cuanto le ordenaron aquéllos, con la misma naturalidad con que había marchado tantas veces a los demás conventos de la Orden a reparar, proyectar y construir nuevos edificios, montado en un borriquillo, se encaminó desde Toledo a Yuste, inquiriendo a las gentes sobre los caminos más cortos, utilizando veredas y atajos, subiendo y bajando montes, alimentándose con el producto de las limosnas que le facilitaban, para la cabalgadura y para él, las gentes piadosas de los lugares de tránsito, rezando de continuo y de continuo implorando al Señor por el perdón de los pecados.

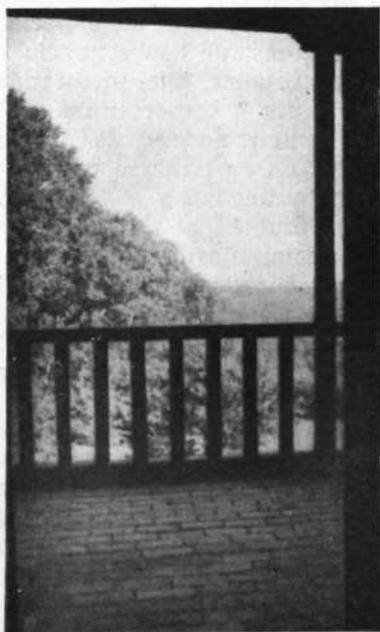
A su llegada al monasterio, el prior le impuso del secreto que estaba obligado a guardar sobre el imperial destino del futuro edificio. Todo lo demás fue consecuencia de la genial improvisación del lego aparejador, que, meditando sobre la edad, estado de ánimo, achaques e importancia del personaje, visitantes que habría de recibir, necesidades físicas y espirituales, la necesidad en que habría de hallarse para combatir de algún modo el frío, el calor, la soledad y el tedio, con la obligación, asimismo, de albergar también al numeroso séquito que necesariamente habría de acompañarle, se dispuso a realizar la obra con la utilización de un contado número de sencillos campesinos, simples trabajadores de Cuacos, que nada supieron hacer por propia iniciativa, teniéndolo que fiar todo a la improvisación, a la pasión constructora y a la iniciativa del fraile.

PASION CONSTRUCTORA

Elegido por éste el lugar donde habría de alzarse el «palacio», orientado al mediodía y adosado a una de las fachadas del templo, de gran extensión y de tan considerable altura que los contrafuertes del muro utilizado sobresaldrían varios metros por encima del conjunto de los aposentos imperiales, el lego de Villacastín empleó en su construcción menos de año y medio.



Rampa de acceso a la terraza-mirador de los aposentos imperiales de Yuste.



Tribuna volada y delicioso refugio invernal, adosado a las habitaciones imperiales, desde donde el Emperador dedicábase a la pesca de truchas en la inmediata alberca.

Y de tal modo lo previno todo, resolviendo los inconvenientes, atendiendo a su disposición interior y exterior con tal arte, que el 23 de noviembre de 1556, cuando el propio César, once días después de su llegada a Jarandilla, cediendo a los consejos de sus hermanas, las reinas doña María de Hungría y doña Leonor de Francia, sobre la dureza del clima de Yuste, y a las censuras de sus propios servidores, que propagaron la especie de que los monjes habían tenido buen cuidado de fabricar celdas y claustros al norte del edificio, defendidos del calor por el gran buque de la iglesia, mientras que la morada del César y de sus servidores se estaban construyendo con opuesta orientación, con lo que la permanencia allí tenía que resultar insoportable durante los rigores del estío, se desplazó al monasterio para apreciar por sus propios ojos la verdad de tales censuras; tras entrevistarse con fray Antón, quien le impuso sobre el estado y la razón de las obras, retornó a su provisional alojamiento en el castillo de los condes de Oropesa, plenamente satisfecho de la excursión, manifestando que todo le había parecido bien y aún mejor que se lo pintaban; que en todos los puntos de España hacía calor en verano y frío en invierno, y que no desistiría de su propósito de vivir en Yuste aunque se juntasen el cielo y la tierra.

UN SIGNO PROVIDENCIAL

Algunos historiadores afirman, nosotros creemos que sin fundamento, que la imperial residencia de Yuste se construyó a semejanza del real palacio de Gante, donde nació Carlos. Fray Antonio de Villacastín no conocía aquel alcázar, ni hubiese considerado conveniente reproducir su estructura interior en el cenobio extremeño, donde habría de habitarlo un hombre como el hijo de la reina loca de amor y del archiduque galante y bello, que, ahito de la pasión de reinar, abandonaba el mundo para vivir, si solitario y entregado a prácticas de devoción, conservando algo de su pasada grandeza.

En Yuste sopló varias veces el vendaval de la tragedia en forma de incendios, saqueos, mutilaciones y desamortizaciones, hasta el punto de que se reputa un milagro el que perdure el templo del monasterio en la forma tan perfecta, pese a su desnudez, en que se encuentra en la actualidad.

Un signo providencial mantuvo la casa-palacio del Emperador al margen de aquel inmenso cúmulo de depredaciones, y en el día de hoy, cuando en los territorios que constituyeron su poderoso imperio, se celebra la fecha conmemorativa del IV Centenario de su cristiana muerte, acaecida, como ya sabemos, el 21 de septiembre de 1558, podemos permitirnos el placer

espiritual de contemplarla, saturada de emoción, poblada de recuerdos, tal y como salió de las manos del lego segoviano, considerado hoy como el símbolo y el ejemplo de los aparejadores y ayudantes de la ingeniería española.

DESCRIPCION

Los aposentos imperiales de Yuste estuvieron en armonía con la vida sencilla y piadosa que llevó Carlos V en aquella deleitosa y amable soledad.

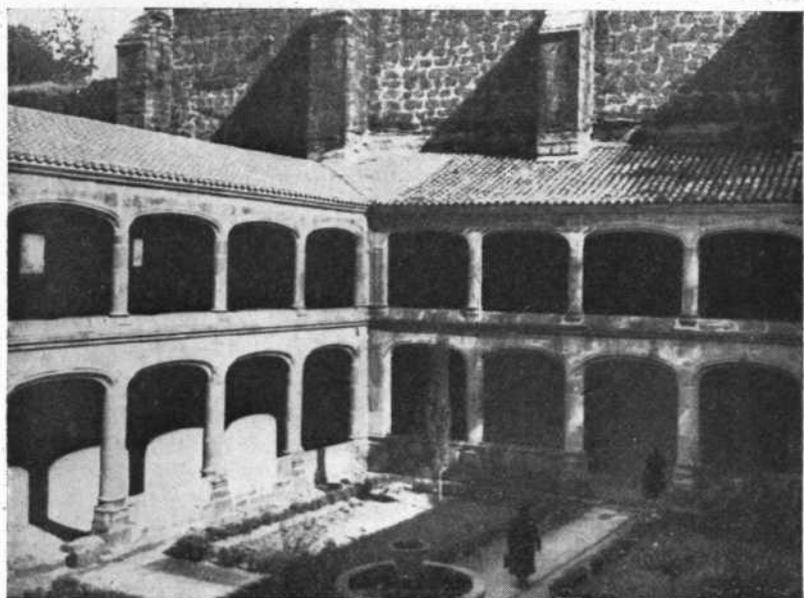
Transpuesta la puerta rústica del viejo tapial que facilita la entrada a la amplia explanada donde descabalgó el César para recibir el saludo de paz de los monjes el día 3 de febrero de 1557, cuando hizo su solemne entrada en el monasterio; entre rumor de agua, cubierta una parte de la bóveda celeste por el tupido ramaje de corpulentos árboles, surge ante las miradas del que llega, sirviendo de fachada al edificio, un amplio y descubierto mirador, defendido por una balconada de hierro e integrado por una armonía de columnas.

Para alcanzar la planta principal del edificio, que era la que habría de habitar Carlos de Gante, en lugar de la obligada escalera de honor, el lego de Villacastin construyó un acceso que fue muy del agrado del egregio inquilino, consistente en una larga, suave y bien empedrada rampa, sostenida por arcos, con lo que el solitario Emperador podía llegar hasta la terrazamirador, adonde recaé la puerta de las habitaciones a él reservadas, utilizando dóciles cabalgaduras cuando le resultaba muy penoso subir y bajar escaleras.

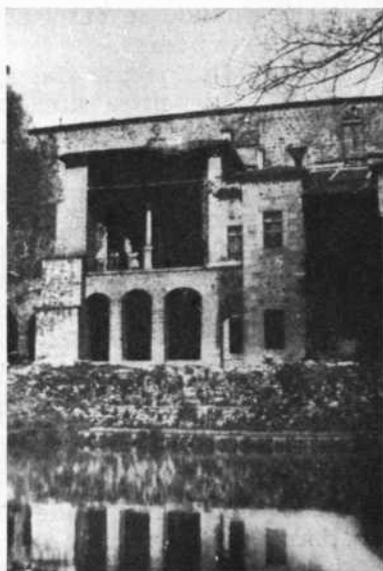
En la parte de la terraza lindante con la pared sur de la iglesia, junto a la artística fuente labrada con un trozo de mármol de una sola pieza, que el Concejo de Plasencia regaló al César Carlos, perdura todavía el poyo de piedra de dos cuerpos, mucho más largo el de abajo que el de arriba, que, formando una doble escalera, era utilizado por él para cabalgar y descabalgar.

Sobre la pared de la mencionada terraza, adosada al muro del templo, se abre una puerta que comunica con una escalera que conduce, en su ramal ascendente, al coro, y en el descendente, a las habitaciones del piso bajo, destinadas a la servidumbre del Emperador, integrada por medio centenar de personas, a las que habría que añadir las que habían quedado en Jarandilla y las que establecieron su forzosa residencia en Cuacos.

El pórtico de estas habitaciones lo constituye un patio cubierto, formado por cinco grandes pilares y doce bóvedas de



Claustro restaurado del monasterio.



Reflejando su silueta en las aguas de la inmediata alberca, la casa-palacio de Yuste, que construyó Fray Antonio de Villacastín adosada a los muros del monasterio.

cruceria formadas por columnas de piedra de tipo herreriano y robustos arcos de ladrillo.

LOS APOSENTOS IMPERIALES

Al fondo de la terraza porticada, junto al lugar donde, según reza una antigua inscripción puesta al pie de un escudo imperial pintado en la pared en épocas remotas, «Su Mag El Emperador D. Carlos Quinto Nto. Señor en este lugar estaua asentado quando le dió el mal á los treynta y uno de Agosto á las quatro de la tarde—Fallescíó a los Veinte y uno de Septiembre á las dos y media de la mañana. Año del S. or. de 1558», se encuentra la puerta de entrada al «palacio», constituido por cuatro grandes estancias, situadas unas frente a otras, a derecha e izquierda de un amplio corredor que atraviesa el edificio de parte a parte, dividiéndolo en dos mitades.

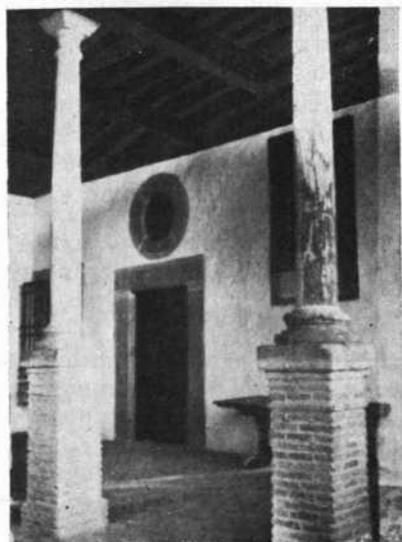
La primera de las habitaciones del lado izquierdo se destinó a *despacho*, lugar de recepciones y sala de visitas. Recibía la luz por una ventana enrejada recayente a la terraza y disponía de una gran chimenea de campana, al amor de cuyos leños encendidos consumía el dolitario de Yuste las largas jornadas del duro invierno extremeño.

Con acceso por la mencionada habitación, medianera con la que queda descrita, construyó fray Antón un disimulado gabinete, que fue el que utilizó Felipe II las dos noches que permaneció en el monasterio cuando se desplazó hasta allí para visitar la tumba de su augusto padre.

Al otro lado del pasillo central, frente al *despacho*, en la parte derecha del «palacio», se encuentra situado el *comedor*, resuelto también el problema de la calefacción con una gran chimenea, semejante a la que queda descrita.

Un cierre de cristales facilita la salida a una tribuna volada, delicioso refugio invernal orientado al mediodía, tendido sobre la floreal hermosura de las huertas y jardines del monasterio, donde el Emperador celebró íntimos coloquios con San Francisco de Borja, duque de Gandía y antiguo caballerizo mayor de la emperatriz Isabel, su muy amada esposa, y desde donde dedicábase al tranquilo entrenamiento de la pesca de truchas, que existían en abundancia en la gran alberca que existe junto a los cimientos del «palacio».

A continuación del *comedor*, comunicándose con ella por un pasadizo y con puerta de acceso por el pasillo central, emplazó fray Antón la cocina, adecuada a los grandes fríos que habrían de azotar el edificio durante el invierno, con un monumental fogón, que ocupa casi la mitad del vasto aposento. Y enfrente



En la terraza mirador
se abre la puerta de acceso
a los aposentos
donde vivió y murió Carlos V
en el monasterio de Yuste.

Detalle del comedor
de los aposentos imperiales de
Yuste. En el ángulo de la derecha
se sentaba el Emperador
para resguardarse del frío
del crudo invierno extremeño.



de la *cocina*, con comunicación con el *despacho* o sala de recibo, el *dormitorio*, que sirvió de cámara mortuoria a S. M.

El lego de Villacastin lo dotó también de otra gran chimenea y de una perfecta iluminación, que penetra en la impresionante estancia a través de un amplio ventanal orientado hacia Levante.

Una puerta de comunicación que se trazó oblicuamente, ho-



Escudo heráldico del Emperador, tallado en piedra en uno de los ángulos del recinto que rodea el monasterio, su huerta y jardines.

(Foto Prast.)

radando los recios pilares de una de las paredes del templo, permite identificar con exactitud el lugar donde se hallaba el lecho del Emperador, que, cuando no tenía más remedio que quedar retenido en el mismo por la fuerza de sus enfermedades, podía oír las misas que se oficiaban en el altar mayor.

Contribuye a la identificación del lugar exacto la reproducción que sustituye al original del grandioso lienzo «La Glo-

ria», del Tiziano, conservado hoy en el Museo Nacional de Pinturas del Prado. Al pie de la reproducción de Yuste, se lee:

«S. A. R. el Infante Duque de Montpensier regaló al Monasterio de Yuste este cuadro, sacado del original que a la muerte del Emperador Carlos V, su glorioso abuelo, se hallaba a la cabecera de su cama.»

A la descripción que queda hecha pone remate, de esta guisa, el padre Sigüenza, insigne historiador de El Escorial y de la Orden de San Jerónimo:

«Y, al fin, rodeado todo de naranjos y cidros que se lanzan por las mismas ventanas de las quadras, alegrándolo con olor, color y verdura. Esta es la celda de aquel gran monarca Carlos quinto, para religioso, harto espaciosa, para quien tanto abarcaua, pequeña. Hizola fray Antonio de Villa Castin, en año y medio, para que acabase allí la vida este Monarca, con la fidelidad y facilidad y prudencia que después acá ha hecho este famoso Mausoleo de S. Lorenzo para sepultura del mismo y de su hijo.»

FINAL

Así es en verdad. La inusitada fama que alcanzó nuestro fray Antón como obrero mayor y aparejador general de las obras del real cenobio escurialense, hizo que pasara desapercibido el mérito que entraña la construcción de los aposentos imperiales de Yuste; pero en la fecha conmemorativa del 21 de septiembre es de justicia destacar la importancia de los mismos, el acierto que acompañó el conjunto de aquella edificación, tan ajustada a los deseos, a los pensamientos y a las necesidades del Emperador Carlos V en los días que precedieron al de su cristiana, ejemplar y resignada muerte.

(Información gráfica del mismo autor.)



El reinado del Emperador Carlos V y la fortificación

Por FEDERICO BORDEJÉ



El reinado del Emperador Carlos V coincide plenamente con el establecimiento de la fortificación abaluartada y la decadencia de la medieval. Los avances de la artillería, ya anunciados en los trenes de batir y otros elementos empleados en las últimas campañas de las guerras de Granada, habían obligado a buscar, al final del siglo XV, unas fórmulas de transición para adaptar las fortalezas contra el empuje y resistencia de las nuevas armas. Y como lo mismo sucedía en los otros países de Europa, donde la artillería del rey Carlos VIII de Francia había llamado poderosamente la atención en sus campañas de Italia, surgieron numerosas experiencias, realizadas preferentemente en este último país, y representadas por esas robustas construcciones aún existentes, algunas de las cuales, como las de Randazzo, Augusta y Siracusa, ostentan en sus portadas los blasones del Emperador español, en ellas colocados, aunque en su realidad sean más bien fortalezas de origen medieval, más o menos arceciadas y modificadas.

En principio, la arquitectura militar medieval se resiste a abdicar de sus altas y firmes estructuras, así como de sus elementos defensivos, impotentes ya contra los nuevos métodos de ataque. Por ello, trata de acumular fuerzas y medios con esas reformas y adiciones que vemos en Coca, Arévalo, Mula, Almuñécar y tantos otros, en que las antiguas torres y barreras son provistas de troneras altas y acasamatadas, necesarias para emplazar las nuevas piezas. Refuerza también en lo posible el espesor de los muros, añadiendo, como en Simancas, taludes y terraplenes; arrasa o nivela, como se aprecia en Grajal, Zamora y Berlanga del Duero, la magistral de las fortificaciones, para no ofrecer al adversario los seguros índices de tiro que suponía el antiguo dominio o elevación de las torres, y, por fin, se decide ya a hundir sus relieves, cual se advierte en la maravillosa barrera de la Mota, de Medina del Campo, y en el conjunto de la poderosa fortaleza de Salzes, edificada por España en el Rosellón, construcciones ambas que, dentro de sus líneas, de traza todavía medieval, son admirables y valiosos monumentos en que se retrata claramente la fortificación de la transición.

Mas estas disposiciones, que, a veces, componen ya obras superiores, como las citadas construcciones de Salzes y de Medina, o *el cubete* de los fosos del alcázar alto de Carmona y el gran torreón de Las Navas del Marqués, elementos realmente precursores, no bastan para hacer frente a los progresos balísticos, cada día más desarrollados y enérgicos, cuyo poder puede, precisamente, advertirse en los célebres y conocidos trenes del propio Emperador, representados actualmente por las bellas piezas conservadas en nuestro Museo del Ejército y en el precioso Códice o Inventario iluminado de la Biblioteca Nacional de París.

La sola contemplación de esas piezas, frente a las empleadas muy poco tiempo antes en los asedios de los últimas campañas medievales, justifica aquella profusión de ensayos, intentos, buceos e invenciones, buscados por todos los ingenieros militares de Europa, que los tratadistas italianos, como Giorgio Martini, San Gallo, el Duque de Urbino y hasta el mismo Vinci, nos dan a conocer. Los muros altos no pueden resistir cumplidamente a las embestidas de las nuevas armas. Las antiguas torres tampoco son capaces de emplazarlas en sus reducidas plataformas. Los viejos sistemas del flanqueamiento, desenfada, defensas verticales, etc., que componian todo el conjunto táctico de la fortificación medieval, quedan descompuestos y desorganizados ante los métodos poliorcéticos creados por el Renacimiento, en los que también entra por mucho el uso de la arcabuceria y de otras armas de mano, cuyo empleo, asimismo táctico, fue impuesto, según se sabe, por el Gran Capitán y el Duque de Alba. Todo ello conduce sucesivamente a esas primitivas concepciones de las obras terraplenadas, añadidas a las antiguas fortalezas, que, comenzando por los sencillos *boulevares* de tierra, alzados frente a las partes vulnerables de las mismas, se desarrollan después en esos recios *torrioni* o *bastioni* circulares, provistos ya de casamatas y anchas mesetas superiores, rodeadas de cañoneras con merlones o de continuos parapetos y barbetas. Hasta que, igualmente demostrado que esas invenciones no resuelven las apremiantes necesidades, se descubre que el solo modo de proporcionar a la defensa los medios adecuados para hacer frente a las modernas modalidades del ataque obliga a construir amplias y cumplidas plataformas de tiro, sabiamente combinadas en sus ángulos y frentes, lo que solamente puede alcanzarse por una composición poligonal.

El origen del baluarte ha sido infinitamente discutido por todos, salvo por los españoles. Tan sólo si Varela y Limia en su *Resumen histórico del Arma de Ingenieros*, o el coronel Mariátegui en sus meritorios estudios sobre el Arte militar medieval, se permitieron aducir los ejemplos de las torres pentagonales,

clásicas, bizantinas y españolas. Sin pretender por ahora introducirnos en tan complicadas especulaciones, muy dignas, en verdad, de ser seriamente estudiadas, diremos que el nuevo baluarte renacentista, base exclusiva de todo el arte de la fortificación hasta el mismo siglo XIX, coincidía extrañamente en su trazado, destino y posición con aquellas torres pentagonales, ya preconizadas por Philon de Bizancio doscientos años antes de la Era cristiana y que, conocidas y aplicadas por la fortificación del Bajo Imperio romano y aún más por los bizantinos, apenas habían sido divulgadas y menos utilizadas en la Europa medieval, en donde, salvo en Italia y en España, y mucho más en ésta que en aquélla, ese género de torres no fueron empleadas sino muy escasamente, dando origen por su rara forma a leyendas que demuestran la gran originalidad e incomprensión que en esos países produjo y sigue produciendo su por entonces extraña construcción.

Quien conozca y se fije en la situación y condiciones de la amplia torre pentagonal, hoy ya muy rebajada y mutilada, de la Ronda de Toledo, apoyada en sus flancos por sendos torreones, o la del recinto de la Antequeruela de la misma capital, o los otros ejemplos de igual clase de Molina de Aragón, Guadalajara, Buitrago, Montalbán, Alarcón, Madrigal, Jaén, etc., además de los recios homenajes de Cifuentes, Beteta, Ledesma, Ainsa, Coria, Montfragüe y tantos otros, elementos todos expresamente bien erigidos y emplazados a sus efectos defensivos, no podrá por menos de advertir la singular afinidad habida entre estas torres españolas y el baluarte pentagonal en que se iba a concentrar y resumir durante cuatro siglos toda la esencia de las fortificación de la Edad Moderna.

Esta nueva fortificación compone en principio sus trazados en una forma excesivamente geométrica y regular. De ahí provendrá esa larga serie de autores y escuelas, de reformas y modificaciones, que durarán hasta las tajantes críticas y sabias creaciones, impuestas a fines del siglo XVIII, por el Marqués de Montalembert. Pero es, justamente, durante los años que inician el reinado del emperador Carlos V cuando la fortificación abaluartada empieza ya a construir obras modernas y eficaces, siguiendo normas y preceptos en armonía con lo que el desarrollo artillero exige y arrumbando definitivamente a las viejas concepciones medievales y a las construcciones erigidas en la época de transición, las cuales serán tan sólo conservadas como residencias señoriales o como posiciones *interiores*, capaces de ser utilizadas ante las revueltas populares o internas, pues que la nueva fortificación se fija y emplaza preferentemente en las costas y fronteras

Aparte de los trabajos efectuados más tarde por orden del

Emperador en Malta, Amberes y otros lugares, las primeras obras abaluartadas que se construyen en España radican en las plazas fronterizas de Fuenterrabía y San Sebastián, donde en 1524 el gran ingeniero italiano Tadino de Martinengo, prior de Barletta, erige los famosos baluartes de San Nicolás y el Cubo Imperial, obras tan consistentes y bien dispuestas, que ambas duraron hasta la guerra de la Independencia, y aun después, sin dejar de prestar continuamente cuanto de ellas podía esperarse.

Estas obras españolas debieron producir bastante expectación, por su indudable magnitud y novedad. San Sebastián acababa de ser fortificado en 1516 por Pedro Navarro, cuyo toco, pero eficiente proyecto, acaso trazado por el mismo ingeniero en persona, se conserva en el archivo de Comptos, de Pamplona. Navarro, a quien Zastrow presenta como «el primer arquitecto militar que trató de aplicar el empleo de las bocas de fuego nuevamente inventadas a los métodos de fortificación entonces usados», muy influenciado siempre, cual demostró en su accidentada vida, por las teorías y artes italianas, había compuesto su proyecto a base de unos grandes y desenvueltos *torrioni* circulares, de los cuales los llamados *de Amézqueta* y *de los Hornos*, sobre el frente de la Zurriola, más o menos reformados, perduraron también, al igual que el Cubo Imperial. Pero esos trazados no podían complacer al experto sentido del Emperador ni tampoco a las recientes exigencias, y el Prior de Barletta, allí enviado por el augusto soberano, compuso en ambas plazas, aunque aprovechando parte de los antiguos recintos, un nuevo sistema, nunca visto en España y apenas conocido en el resto, salvo en Italia, cuyos ingenieros fueron infinitamente buscados por todos los monarcas de la época, imponiendo aquella gran preeminencia que hasta el siglo XVII alcanzaron en buena parte de Europa y, desde luego, en nuestro país, donde los excelentes ingenieros españoles, como Pizaño, Cristóbal de Rojas, Lechuga, Soto y otros, fueron excesivamente preteridos a los Calvi, Antonelli, Fratinos, Espanoqui, Turrianos y demás nombres exóticos que, de hecho, monopolizaron todas las obras y trabajos militares realizados por entonces en toda la Península.

Uno de los testimonios más cumplidos de esa expectación, nos lo proporcionan los dibujos de Francisco de Olanda, conservados en El Escorial, cuya espléndida y cuidadosa edición debemos al venerado don Elías Tormo, para cuya memoria van siempre nuestros más sentidos fervores y reconocimiento. Pero el respetable maestro, equivocado ya en la interpretación de uno de los dibujos del Cubo Imperial de San Sebastián, que él tomó por *un puente*, cuando es la planta o proyección de *unas cañoneras* estriadas, diríamos, en sus lados para evitar el rebote de los proyectiles y rechazarlos, no supo acaso tampoco comprender

uno de los importantes fines de la misión encomendada en 1538 al artista por el rey de Portugal don Juan III, quien, extrañado y tal vez alarmado por las nuevas obras fronterizas españolas y también por las novedades que en materia de fortificación se elaboraban en Italia, mandó a Olanda, más en son de espionaje que en busca de meras impresiones artísticas.

Así se explican sus extraños derroteros, demostrados en su valioso álbum, al dirigirse a Italia desde Barcelona *por tierra*, visitando primeramente a la ingente fortaleza española de Salzes, en el Rosellón, a la sazón también modernizada, y luego de recorrer buena parte de Italia, de Norte a Sur, copiando a su paso cuantas fortalezas importantes veía, vuelve a remontarse, para aparecer de repente y sin otra transición en Fuenterrabía y San Sebastián, cuyos nuevos baluartes dibuja y explica con cierto número de detalles.

El álbum, depositado en El Escorial, ofrece muchas lagunas y un completo desorden, en cuanto a la coordinación de los lugares visitados. El itinerario imaginado por don Elías Tormo pudiera haber sido muy diferente, pues se hace extraño que un artista tan apasionado dejara de anotar los admirables monumentos clásicos y militares del Mediodía francés, por donde necesariamente hubo de pasar. Como además los dibujos ofrecen también muy pocas referencias escritas, habría que averiguar si el artista transmitió al monarca portugués otros dibujos más numerosos y completos, con unos informes que explicaran lo que aquéllos representaban. Así sucedió con el otro precioso Códice de Duarte de Armas, referente a los castillos portugueses de la frontera con España, cuyo original o borrador, harto mutilado, parece ser el existente en la Biblioteca Nacional de Madrid, en tanto que para su soberano compuso el mucho mejor hecho y presentado del Archivo del Tombo, de Lisboa.

A partir de ese tiempo y de esas construcciones precursoras, la fortificación abaluartada se implanta y domina en España. El Emperador, siempre obsesionado por sus rivalidades con Francia y por los piratas berberiscos, se preocupa personalmente de que las fronteras y costas sean perfectamente defendidas con obras adecuadas. A él se deben los proyectos del recinto de Cartagena, al desembarcar en su puerto en 1534, de regreso de Argel, y, sobre todo, los trabajos del Rosellón, notablemente, los de la ciudadela de Perpiñán, en la que su recuerdo está aún perpetuado por la espada clavada en lo alto de uno de sus baluartes. Activa también personalmente la fortificación de las Baleares, Barcelona y algunos puertos y plazas, y planea ya la ciudadela de Pamplona y otros fuertes, que su hijo Felipe II llevará a cabo. Nadie pudiera sospechar la variada correspondencia sostenida a este efecto por el propio soberano, hoy archivada en

Simancas, y nada hay más admirable que desde los más lejanos lugares de Europa, a los que su vida inquieta le llevaba, recordara constantemente y se interesara por las obras defensivas que se hacían en España.

Entre los proyectos del Emperador hay, sin embargo, uno muy poco conocido y apenas reseñado, que, de haberse llevado a cabo, hubiera trastornado seguramente la fisonomía interior de la ciudad de Toledo. El ilustre General Sojo, en su libro dedicado a dar a conocer al eminente artillero e ingeniero Luis Pizaño, completamente olvidado, a pesar de los ingentes y abnegados servicios que prestó al Emperador y al Príncipe, su hijo, de los que obtuvo la más entera confianza, ha explicado el alcance de tales proyectos, que sólo el buen sentido de Pizaño logró desviar, salvando así a Toledo y, desde luego, a la plaza de Zocodover de su segura destrucción.

Cuando el Emperador se decide a reconstruir el Real Alcázar para convertirlo en imperial residencia, intenta, al igual que en muchas otras construcciones similares alemanas e italianas, rodear al palacio de un completo recinto abaluartado. Naturalmente, ese recinto había de hacerse de acuerdo con la topografía del suelo en que el Alcázar está situado, lo que suponía derribar y allanar en gran profundidad los alrededores de la Real fortaleza, para asentar el debido escalonamiento de defensas. El Alcázar hubiera quedado establecido al modo de los grandes castillos alemanes de Coburgo o Marienberg, en Wurzburg, convertidos en fortalezas a la moderna, o tal como aun se presentan los de Cardona y Monterrey, cuyo núcleo antiguo y señorial se halla rodeado de baluartes. Toledo hubiera visto desaparecer algunas de sus pintorescas plazas y rincones, de que hoy justamente se envanece. La prudencia y comprensión, repetimos, del bueno de Luis Pizaño, enviado expresamente para inspeccionar y corregir los trabajos, lograron imponerse y evitar tales ideas, ciertamente desatentadas.

Pero si el Emperador prestó esas atenciones y apoyos a la nueva fortificación, desdeñó y desatendió por completo a los castillos y recintos medievales, llegando a ordenar la destrucción de un gran número de ellos, en cartas y mandatos sucesivos, firmados en 1523 en Valladolid y renovados en Toledo en 1525 y después. Mandatos cumplidos a la letra, que causaron la ruina o desaparición de muchos de esos venerables monumentos.

La guerra de las Comunidades produjo al Emperador una herida, de la que tardó mucho en curarse. Extranjero en sus propios Reinos, de los que al principio desconocía hasta el habla, su formación flamenca y borgoñona, muy resentida todavía de los atavismos feudales, no podía comprender nuestro carácter ni el hondo sentido que informaba nuestras libertades, funda-

das en aquella *obediencia condicionada*, según en otro lugar nos hemos permitido llamarla, impuesta por la larga lucha de la Reconquista y ratificada en las *Partidas*. La vida española del tiempo, alzada sobre la tradición medieval, era en muchos aspectos muy diferente y, desde luego, superior, en cuanto a condiciones jurídicas y políticas, a las del resto de Europa, todavía, en general, muy influenciada también por los referidos atavismos. De ahí esa serie de torpezas y venalidades cometidas por los infatuados y rapaces consejeros borgoñones del joven e inexperto Rey y de los inconscientes y ambiciosos nobles españoles que les secundaron, a las que exclusivamente debió el alzamiento.

Esa herida y resentimiento persistió en el Emperador hasta su completa españolización, acelerada precisamente por la rebelión, que hizo avivar en su alma muchas cosas que sin las Comunidades acaso hubieran quedado en él eternamente dormidas. Como después se vio, el joven y abúlico Carlos era más bien Carlos de España que de Gante y en él había mucho más de sus abuelos Fernando e Isabel que de sus antecesores imperiales. Pero esas cualidades, a las que luego debió toda su personalidad y su gloria, hubieran permanecido posiblemente anuladas y sumergidas, sin el recio aldabonazo dado por los comuneros, que le hizo pronto despertar.

Por desgracia, aquella triste contienda, que fue y sigue siendo uno de los hitos capitales de nuestra historia, no ha sido jamás seriamente estudiada en sus auténticos antecedentes y causas, porque no queriendo personarse en la época y superando la indulgente comprensión del mismo Cardenal Adriano, del Almirante de Castilla y de muchos otros espíritus claros del tiempo, que supieron apercibir los fondos y motivos exactos que habían promovido la revuelta, todos cuantos, de una y otra parte y de unas y otras ideologías, se han ocupado de ella, lo hicieron con el más apasionado sectarismo, que deja atrás al de aquel fogoso, excesivo y entrometido sectario que fue fray Antonio de Guevara, cuyas Cartas tan cumplidamente lo retratan.

De allí provino aquella gran desconfianza que el Emperador Carlos mantuvo hacia la antigua y auténtica nobleza, a la que, como se sabe, trató de sujetar y, en parte, de mediatizar, con aquellas reglamentaciones de la Grandeza y la creación de esas nuevas titulaciones concedidas a familias que, aunque hidalgas, no habían todavía ascendido a las alturas nobiliarias. Esa desconfianza persistirá también en su hijo, a pesar de que el contenido nacional de éste fue mucho más intenso, y ello explicará después ciertas actitudes y conductas, como la mantenida con el glorioso Duque de Alba.

De otra parte y como también está hoy reconocido, la vida

activa del Emperador, obligado por su herencia familiar, de la que jamás pudo desprenderse, se movió largamente al margen de la vida de España, a la que desvió de sus naturales y legítimos destinos, y aunque al final comprendió lo que España había significado en todas sus empresas políticas y militares, es lo cierto que todas las positivas actividades nacionales, a comenzar por América, sufrieron un largo abandono, que Felipe II trató luego de reparar y compensar, aunque, como reconoce Gannivet, la herencia política, dinástica y paterna le oprimiera como una férrea armadura, de la que tampoco pudo desasirse.

Todas estas condiciones recayeron, en cierto modo, sobre los antiguos castillos, representación viva y potente del viejo espíritu nacional, de los cuales algunos fueron demolidos y los demás abandonados. Y sí, de otra parte, tanto el Emperador como su hijo consintieron aquellas inexplicables construcciones interiores de Grajal, Berlanga de Duero, Las Navas del Marqués, San Leonardo, Chinchón o la Alameda de Barajas, erigidas, en su mayoría, según puede notarse, por las familias o linajes en que habían recaído las recientes titulaciones imperiales, las cuales formaron desde entonces el armazón político y administrativo de la nueva dinastía, y aunque esas fortalezas fueran, en suma, simples exponentes de los señoríos, sin gran valor militar para los tiempos que corrían y hechas para satisfacer los desvanecimientos y grandezas de los recientes Estados nobiliarios, es lo cierto que las antiguas fortalezas medievales sufrieron desde entonces una larga depreciación, a la que se debe la desaparición o la ruina de un gran número de ellas. Tan sólo si lograron salvarse las que las Casas nobles pudieron o quisieron conservar, o aquellas que por sus características podían ser utilizadas todavía en empleos oficiales—prisiones, parques o depósitos—, o adaptadas por sus estratégicos emplazamientos a los modernos usos defensivos. Las otras fueron abandonadas a sus propios destinos y es milagroso que tantas de ellas hayan podido sobrevivir hasta nuestros días.

Al terminar las guerras de Granada, los Reyes Católicos, si abatieron también algunas fortalezas ya innecesarias, habían organizado seriamente lo referente a la defensa de costas y fronteras, notablemente en las regiones levantinas y mediterráneas. La reina Isabel, *el último Cruzado*, según la llama Walsh, temerosa de un posible resurgimiento del poder mahometano, a lo que la inducían las irrupciones turcas sobre la Europa oriental, que hasta Lepanto no hicieron más que ascender en alarmantes proporciones, trató, con el hondo sentido político que la caracterizaba, de crear una potente organización defensiva de las costas, para lo cual los Reyes no escatimaron esfuerzos ni recursos, según lo demuestran los documentos de Simancas. Ar-

maron y robustecieron las viejas fortalezas, concediendo sus tenencias a los elementos más ilustres y seguros del Reino, y crearon, principalmente en la llamada Costa de Granada, que comprendía a toda la Andalucía del Sur, aquel notable sistema de comunicaciones, todavía patente, que, secundado por otras bien organizadas milicias locales, impedía y cerraba los intentos de los piratas musulmanes.

De lo que duró aquella maravillosa y costosa organización, dan cuenta los informes enviados en 1525 y después, también en Simancas, por don Ramiro Núñez de Guzmán, don Diego de Padilla y otros, expresamente enviados para reconocer el estado de las fortalezas y de su armamento. Castillos arruinados y sin otra guarnición que uno o dos soldados. Artillería rota e inservible, caída por los suelos, por haberse podrido sus montajes. Fortalezas importantísimas, como las de Salobreña o Castil de Ferro, que habían sido cuidadosamente reparadas a principios del siglo y confiadas a personas tan principales y elevadas como el eminente artillero Francisco Ramírez de Madrid y el Gran Capitán, yacían totalmente desmanteladas, con sus piezas envueltas entre escombros, sin permitir ya el menor alojamiento. Esos informes son una completa y dolorosa elegía de esas piedras gloriosas, en cuyo nombre se seguían, no obstante, percibiendo en la Corte sumas a veces cuantiosas, disfrazadas bajo la excusa de sus tenencias, cuyos poseedores seguramente desconocían, en muchos casos, las fortalezas que estaban a su cargo.

Tal abandono y desorganización, no limitado, por desgracia, a las antiguas fortalezas, era la natural consecuencia de las nuevas vías por donde la vida nacional había sido encaminada. Vías obligadas, desde luego, por la herencia patrimonial de los Austrias, a las que el propio Emperador estaba reciamente sujeto y que también le aprisionaban, gastando prematuramente su espíritu, sus energías y hasta su misma existencia, que en el deseado reposo de Yuste, y más tarde en el de El Escorial, iba a dar a España la más noble prueba de reconocimiento y gratitud a cuanto, por encima de las restantes partes del Imperio, ella le había otorgado de sacrificio, fidelidad y abnegación.

El reinado del emperador Carlos V supone, pues, el nacimiento de los nuevos e incipientes sistemas de fortificación, al igual que de muchas otras modalidades militares, hoy todavía permanentes. Pero encierra igualmente el definitivo arribo de la arquitectura militar medieval, cuyas venerables construcciones fueron abandonadas, pagando así su tributo a la modernidad, como sucede siempre en todas las etapas capitales de la vida del hombre.

Madrid, septiembre de 1958.

Las tribulaciones del Emperador

Por JESÚS CASADO



AY momentos en la vida del hombre que, por muy templado que sea su ánimo, se derrumba y desfallece ante el cúmulo de adversidades que se ciernen sobre él; tal sucede al más poderoso Monarca de todos los tiempos, Carlos V, cuando en 1543 se dirige a Flandes a sofocar la rebelión de aquellos territorios con ánimo esforzado y valor sereno, teniendo que pasar por miles de peligros, no siendo el menor la travesía de Francia, donde reina a la sazón su mortal enemigo Francisco I.

En la carta que desde Palamós, a una jornada de la frontera francesa, dirige a su hijo Felipe se halla reflejada toda su fuerte personalidad, formada del espíritu reflexivo y cauto de su raza teutónica, herencia de su padre, el archiduque Felipe, y el valor temerario que hereda de su madre, la españolisima doña Juana, representante de un pueblo de héroes y conquistadores.

En ella pueden verse ambas cualidades reflejadas en los párrafos que transcribimos a continuación, y que son como sigue:

«Hijo Demas de la otra Carta E Ynstrucción que os embié de la manera qe assí en el Gobierno de Vuestra Persona como en el de los Negocios en General, os haueis de Guiar y Gobernar, os escribo, y embio esta Secreta, y debajo de Vuestra llabe, sin que Vuestra muger ni otra Persona alguna la vea por combenir assí.»

«Lo Primero que en ella os diré será el Pesar que tengo de hauer puesto los Reynos, y Señoríos, que os tengo de dejar en tan Extrema Necesidad, que solo ella y por no dejaros menos de la herencia me fuerça a hacer este viaje y aunque no ha sido por mi voluntad, mas forzado y contra ella, todavía lo siento en Extremo y me pessa dello, porque si nuestros Vasallos no nos sirben mucho, no sé como podremos sustentar la Carga. Todas las cosas están en manos de Dios, en su Poder está el remedio de todo, y con esta confianza, y por ver si por su Vondad (no por mis méritos) me quisiere faborecer de arte, y permitir que se hiciese cosa tal, y tan grande, que fuesse medio por donde nuestros Negocios se pudiesen remediar, por esto hago este viage el qual es más Peligroso para mi honrra y reputación, para mi vida y hacienda, que puede ser, plegue a Dios no lo sea para el Alma, como confío no lo será; pues le hago con buena Yntención, y para Probeer los medios que pudiere para remediar lo que me tiene dado, y no dejaros Pobre, y Desauthorizado, por

ADVERTENCIAS
QUE

el Emperador Carlos Quinto
dejo escritas de su mano para
su hijo Phelipe II su hijo su-
dadado en materia y ra-
zon de estado.

ITEM

Una notable Carta que el Emperador
dejo escrita para su hijo que entonces
tenia 16 años, quando paso a Ita-
lia a verse con el Papa Pau-
lo 3.º y de allí a España
a la guerra con el Rey
Francisco 1.º de
Francia.

Hoy me he acordado de una Carta que el Emperador me escribió en el año de 1550, en la qual me avisaba de la necesidad que yo tenia de saber lo que yo debia hacer en el mundo, y de lo que yo debia evitar. En esta Carta me avisaba que yo debia ser un hombre de bien, y que yo debia ser un hombre de guerra. Me avisaba que yo debia ser un hombre de bien, y que yo debia ser un hombre de guerra. Me avisaba que yo debia ser un hombre de bien, y que yo debia ser un hombre de guerra.

Yo me acordaba de esta Carta cuando yo estaba en el mundo, y yo me acordaba de esta Carta cuando yo estaba en el mundo. Yo me acordaba de esta Carta cuando yo estaba en el mundo, y yo me acordaba de esta Carta cuando yo estaba en el mundo.

...nacer en el mundo, y yo me acordaba de esta Carta cuando yo estaba en el mundo. Yo me acordaba de esta Carta cuando yo estaba en el mundo, y yo me acordaba de esta Carta cuando yo estaba en el mundo.

...re para el mundo, y yo me acordaba de esta Carta cuando yo estaba en el mundo. Yo me acordaba de esta Carta cuando yo estaba en el mundo, y yo me acordaba de esta Carta cuando yo estaba en el mundo.

Algunos fragmentos del texto original de la carta a que se alude en «Las tribulaciones del Emperador».

donde despues tendriades raçon de quejaros de mi, aunque creo, que siempre terneis (tendréis) consideración de pensar que lo que he hecho hasido forzado; y por guardar mi honrra; pues sin ella menos me podia sostener, y menos os dejara. El Peligro que en él passo por la honrra, y reputación es, que boy a cosa yncierta, que no sé que fructo, Y efecto se seguirá; por que el tiempo está mui adelante, y el dinero poco, y El Enemigo abisado, y aun apercibido, desto se sigue el de la Vida, y por el consiguiente el de la hacienda, y por estar las cosas en este Peligro se aumentará la Una, y lo otro, En lo de la Vida...»

Sigue la voluminosa carta enunciando la serie de dificultades insuperables que se le presentan, falta de dinero y de medios, y teniendo que pasar por las tierras francesas, donde ve un peligro cierto, no duda en enfrentarse con él y aun desafiar a su enemigo cuando escribe: «podria ser fuese forzado a pelear con él, o abenturarlo todo, o si hallo que no me tiene ofendido, ofenderle por la Parte de flandes, o Alemania, la qual ofensa ha de ser con presupuesto de pelear con él, si él quisiere».

Da como segura la pérdida de su vida cuando escribe: «Yo boy este viaje si él (Dios) permite que buelba... os diré lo que yo habré alcanzado y si yo acabo mi vida en él tomad buen Consejo, de suerte que con él os podais resolver bien, por que yo estoy tan Yrresoluto, y confuso en lo que tengo de hacer, que quien de tal arte se halla mal puede decir a otro, lo que en el mismo caso le combiene.»

Sólo un hombre de ánimo esforzado como Carlos I de España puede en tales momentos coordinar sus ideas, no sólo en orden a lo que en aquel trance debe llenar todos sus pensamientos, sino que aun se ocupa de dar atinados consejos sobre la gobernación del reino que ha de dejar en manos de su hijo Felipe, el joven Príncipe, que a la sazón cuenta dieciséis años, pasando revista a todas las personas de la Corte, describiéndole sus caracteres y aptitudes para que le sirvan de consejeros en la tarea que le espera.

Esta voluminosa carta tiene para los españoles una gran importancia, ya que la firma como Rey de España y no como Emperador de Alemania, con lo que demuestra la importancia que concede a su país de adopción, que tan hostil le fue en los primeros tiempos de su reinado.



Presentación de Jeromín al Emperador.

(Cuadro de Rosales.)

Jeromín

POR ANTÓN RODRIGUEZ DE LLANO

SE destaca entre los personajes que figuran en la historia de España al narrar las incidencias de la postrer existencia del Emperador Carlos I de España y V de Alemania en el monasterio de Yuste, un personajillo, paje del César, que por sus singulares características de juventud, de fresca y rubia presencia, de vivos ojos garzos, apuesto y gentil en su continente, se captó desde un principio las simpatías de cuantos le conocieron, y que el vulgo, al saber la predilección acusada que hacia él sentía el Emperador, presintió algo, debido a su misteriosa existencia, que se tradujo en evidente realidad poco tiempo después de la muerte de aquél, cuando el rey Felipe II, llamándolo a su presencia, le hizo saber cuál era su paternidad, concediéndole, con arreglo a los deseos de su padre el Emperador, los honores de su estirpe principesca, cifiendo a su cintura una espada y colgando de su cuello el Toisón de Oro, añadiendo después: «Amado Jeromín, eres mi hermano.»

Habr  de parecer fuera de lugar que en esta informaci3n, dedicada exclusivamente a la memoria del C3sar, con motivo del IV Centenario de su muerte, figure esta sucinta informaci3n sobre «Jeromín»; sin embargo, la consideramos precisa, por su actualidad, por ser el primer hito de su camino hist3rico, en el que públicamente se reconoce su atractiva personalidad, la que ha de figurar ya siempre perenne en la historia, al lado de su padre el Emperador, en los últimos días de su existencia, y cerca de su hermano Felipe II, hasta su temprana muerte.

El niño, de origen bastardo por su madre, Bárbara Blomberg, y de su progenitor, Carlos de Gante, no desminti3 durante su vida que palpitaban en su sangre los gérmenes augustos de su padre el Emperador, por su carácter caballeroso, indomable y justiciero, cuyos méritos castrenses y virtudes morales culminaron en la epopeya hist3rica de la batalla naval de Lepanto, luchando y venciendo a los infieles turcos.

Aquel niño, repetimos, que a la saz3n tenía once años, nacido en Ratisbona, según se afirma, durante el corto tiempo que permaneci3 en la villa de Cuacos, de la provincia de Cáceres, a dos kil3metros escasamente del monasterio de Yuste y ocho de Jarandilla, vivi3 en una casa que se mantiene aún hoy, dentro de su modestia, con los rasgos propios e interesantísimos de la arquitectura popular extremeña del Renacimiento.

En ella le guardaba con amoroso cuidado doña Magdalena de Ulloa, esposa del secretario don Luis de Quijada, con s3lo algunos de los servidores del Emperador, que, una vez fallecido el C3sar, se marcharon cuando se disolvi3 su s3quito.

Doña Magdalena de Ulloa no supo nada del secreto que envolvía la vida de aquel adolescente, prueba elocuente de la lealtad que su esposo guard3 al Emperador, quien a él solamente comunic3 el secreto, y que ella, al saber que había de educar al joven como a principe, no pretendi3 nunca averiguar las razones que había para ello.

No se libr3 aquel personaje, despu3s de transcurridos algunos siglos, de que al escribirse su biografía se tratara de investigar su vida durante su corta permanencia en la villa de Cuacos, a la que lleg3 con sus protectores don Luis de Quijada y su esposa el 1.  de julio de 1558, y, ante la falta de documentaci3n, se forjaron leyendas románticas de amor hacia unas gentiles doncellas, cuyo escenario unos lo sitúan en el castillo de Jarandilla y otros en el palacio de los señores de Pasar3n, cercano a Yuste, e inclusive se afirma en las dos referencias que conocemos que el Emperador sali3 de Yuste a aquellos lugares para intervenir en los sucesos.

Nada de tal cosa existi3; pero se escribieron algunas novelas

en tal sentido, y sólo una de carácter histórico, la del P. Luis Coloma, S. J., de la Real Academia Española, titulada *Jeromín*, se hizo digna de todo aprecio, por la discreción que trasciende de lo que escribió imaginario, para llenar las lagunas encontradas durante su investigación documental histórica, y de tal amenidad y congruencia, que se lee con verdadera delectación, sin que se puedan percibir los límites de la novela y los de la historia.

Pero no son los pormenores de ésta solamente los que nos han decidido a escribir sobre Jeromín estas líneas; ha sido otro el propósito también, y es el siguiente:

La personalidad de Jeromín, ya adulto y hecho Príncipe, concentrada en la vida militar con hechos memorables, que no es el caso de enumerar, por ser de sobra conocidos, se hizo acreedor a que la villa de Cuacos conserve con la debida nobleza y dignidad la casa en que vivió, aunque de una manera transitoria.

Aquella casa, situada en uno de los lados de una plaza despejada de obstáculos, podía verse y contemplarse sin dificultad, pero hace ya mucho tiempo, delante de ella precisamente y dejando para su paso un estrecho callejón, construyeron una nave insignificante de tamaño, pero lo suficientemente grande para ocultarla, construcción que está dedicada a secadero de pimentón y hojas de tabaco.

La casa de Jeromín, hoy ya histórica, es de propiedad particular, pero aunque así sea, quíerese o no, pertenece al acervo nacional de la atracción del turismo, palabra moderna que, si bien tiene un tinte comercial accidental, encierra en sí una esencia espiritual de divulgación cultural para el porvenir de las generaciones venideras, y en este caso, con motivo de la conmemoración del IV Centenario de la muerte del Emperador Carlos I en el monasterio de los Jerónimos, de Yuste, siendo Cuacos el lugar de tránsito obligado para ir a dicho monasterio desde Jarandilla, queda formado un ciclo triangular de inusitado interés para el turismo, que debe conservarse para el futuro.

Es, pues, necesario e ineludible que las autoridades de la villa de Cuacos se den cuenta de todo lo que enumeramos y busquen otro lugar más adecuado al fin a que se dedica esa construcción indigna, para que pueda admirarse sin obstáculo alguno la casa en que vivió Jeromín.

Por las fotografías que ilustran este artículo puede juzgarse que aquella casa modérrisima, hoy conservada en su total estructura interior, como la de su fachada principal y la de su corralillo, con los caracteres típicos de las construcciones del siglo XVI, debe conservarse como una joya de valor inestimable y, por dentro, restaurarla y amueblarla al uso de su pristina uti-



Entrada de la casa en que vivió Jeromín con su protectora doña Magdalena de Ulloa.

Corralillo de la casa y galería a donde daban las habitaciones de Jeromín.



(Fotos Dillar.)

lidad, para que, en lo sucesivo, sirva de atracción evocadora a los visitantes, sin que puedan formar el juicio, adverso a los españoles, de no saber apreciar el valor de sus moradas históricas, que dejan abandonadas a cualquier ultraje que contra ellas se cometa, y en este caso, el que acabamos de mencionar.

Deben saber los cuaquenses jóvenes el valor de lo que tienen para que puedan transmitir a las generaciones futuras la historia de Jeromín, que fue nada más y nada menos que don Juan de Austria, hijo del César Carlos I de España y V de Alemania, cuya historia enaltece a todos los españoles y a los que han tenido el honor de nacer en aquella villa, hoy histórica por su estancia en ella, que si bien fue fugaz por su permanencia, su recuerdo debe mantenerse imperecedero.

No se olvide, pues, que la palabra turismo es la esencia concentrada de la divulgación cultural, que tanto necesitan las generaciones futuras, que no sólo deben conocer la historia de España, sino también la de sus patrias chicas, que es la que constituye y forma el conglomerado de la historia general de la nación, sin menospreciar asimismo las tradiciones y leyendas que existan y no estén bastardeadas por novelescas referencias mercantiles escritas o divulgadas sin escrúpulos de conciencia.

